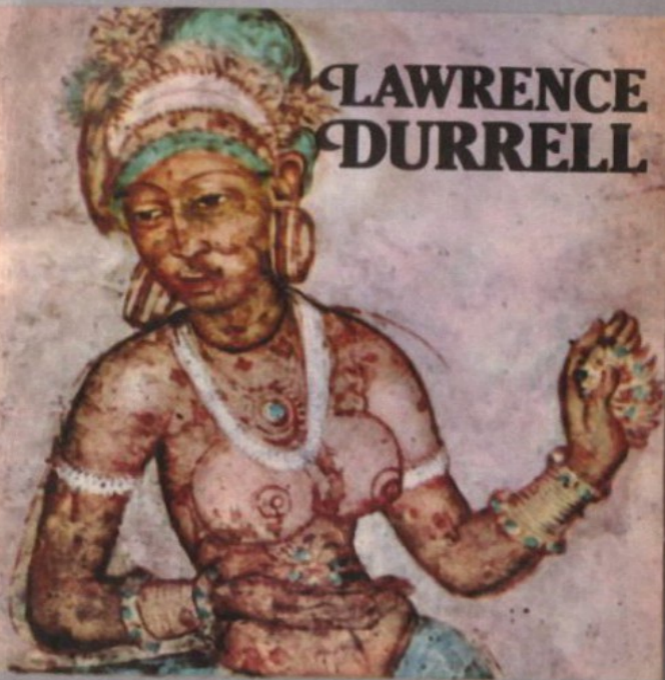


# UNA SONRISA EN EL OJO DE LA MENTE

LAWRENCE  
DURRELL



Editorial Sudamericana

**Lawrence Durrell**

**Una sonrisa en el  
ojo de la mente**

— oOo —

Título Original: *A smile in the mind's eye*

Traductor: Peralta, Carlos

©1982, Edhasa

ISBN: 9788435019019

— oOo —

*Dedicado a Chantal De Legume,  
esté donde esté y sea quien sea.*

# 1.

Hace ya bastante tiempo que tengo la intención de escribir un breve relato sobre mi encuentro con Jolan Chang, un erudito —y, como diría él, gerontólogo chino—, aunque no ha sido fácil reunir todas las impresiones que me dejó después de su primera y breve visita a mi casa de Provenza. La palabra taoísmo, por ejemplo, siempre me ha impresionado vivamente, si bien fuera del gran poema que se asocia con él —su Biblia, por decirlo así—, es muy poco lo que sé acerca de los taoístas y

de sus creencias. Pero desde que tropecé con esa hermosa y concisa obra, el Tao Te Ching, que contiene una enigmática descripción del gran motor del universo y de su funcionamiento, sentí que en cierta forma yo también creía en ello, o elegiría creer, si algún día descubriese que creer en algo me era indispensable.

Aquí debería detenerme un momento, pues ¿qué quiero decir con 'creer'? No es una palabra que deba desechar Y desdeñosamente, sin hacer por lo menos un intento de enfrentarla con el intelecto. En mi caso particular, considero que todo tipo de creencia debe manejarse con cierta precaución,

ya que si de provisoria pasa a ser absoluta, se endurece en dogma. La palabra Tao, por otra parte, me sugiere diferentes posturas (toda verdad es relativa): un estado de disponibilidad total, de asequibilidad total, un adquirir franca conciencia, total y comprensiva, del instante en que incertidumbre irrumpe en la superficie como un pez en el anzuelo. Sólo en ese momento se produce la plena sintonización del espíritu con la gran metáfora del mundo como TAO. Entonces la realidad es prístina, independiente del pesado aparato conceptual del pensamiento consciente. Es el súbito instante de luz en el que la

mente se incorpora a la naturaleza de todas las cosas creadas. Esa poesía es Tao.

¿Cuándo comencé por primera vez a abrigar esas ideas? Hace ya bastante tiempo de ello; debe haber sido cuando tenía veintitrés años, quizás en la isla de Corfú. No puedo recordar las circunstancias con ninguna claridad. Sentí entonces que en ese libro había tropezado con un Heráclito chino y que, a pesar de los enigmas aparentes de los que se ocupa el poema, captaba de inmediato su sentido completo; un significado trascendental, es verdad, pero también absoluto. Encontré que era una creación escrita en la misma clave

que usaron los tempranos filósofos griegos, a quienes estaba descubriendo entonces. Y así, mientras me zambullía en busca de las cerezas que habíamos arrojado al fondo arenoso del mar del pequeño santuario de San Arsenio, me repetía a mí mismo fragmentos de ambos textos, como si hubiesen sido del mismo autor. Por supuesto, ahora veo que lo eran, aunque el texto de Heráclito es más fragmentario que el del sabio chino... Pero, aparte de todo esto, nunca en mi vida me había encontrado con un individuo chino a quien hablar; y por cierto nunca con un hombre docto que pudiese prometer explicar y discutir el taoísmo como una creencia viviente: que



es lo que hizo Chang, cuando me telefoneó por primera vez, en su excelente y gráfico inglés. No tenía importancia, agregó maliciosamente; ¡un chiste taoísta! Sucedió de esta manera. Hacía unas cuantas semanas, en 1976, que yo había estado recibiendo cartas de este desconocido sabio chino, en muy buen inglés, que procedían de la, ciudad de Estocolmo, aparentemente allí residía. Poco a poco empecé a ver claro el nexo entre el taoísta y el gerontólogo cuando recordé que los adeptos a las enseñanzas de Lao Tsé estaban totalmente obsesionados por el problema de la inmortalidad en esta vida, no en el otro mundo; y que todas

sus prácticas estaban dedicadas a tratar de alcanzar en esta vida ese deseable estado antes de ponerse en marcha hacia el nirvana de los budistas ortodoxos (si bien, por supuesto, el taoísmo es parte del budismo mahayana). Pero al comienzo mi erudito era más bien un enigma. Escribía con letra pequeña y prolija en diferentes clases de papel con membrete, obviamente sustraído de clubs náuticos y hoteles. Yo también compartía ese hábito de urraca y lo comprendía perfectamente. Pero él cubría toda la superficie del papel con su elegante escritura. Me dijo que deseaba consultarme sobre un trabajo de erudición ya terminado y entregado a la

imprensa; y la razón era que había visto una entrevista en la que yo expresaba mi simpatía por el taoísmo.

Me sentí, por supuesto, halagado y sorprendido y me apresuré a negar que tuviese conocimientos especiales sobre el tema. Insistió en que no importaba y terminó preguntándome si podía visitarme en Provenza. No bien consentí en ello, se me apareció en el otro extremo del teléfono, llamándome desde Estocolmo y haciéndome saber su llegada, al amanecer del día siguiente, a mi pequeña estación local de Lunel. Había pensado con mucha velocidad y me quedé intrigado por esa rapidez de decisión y por el conocimiento experto

de los horarios que ponía de manifiesto (pronto iba a descubrir que Jolan Chang era una especie de ábaco caminante y que sus viajes se basaban estrictamente en los principios de Chang Tzu, en cuyo texto el viajero siempre debe pasar en forma invisible, sin que levante polvo su paso silencioso). No consideré muy literalmente esta admonición hasta que conocí a Chang y me di cuenta de que si no se aplica a cada actividad una total economía, se está perjudicando, literalmente, la propia inmortalidad. Al principio pensé simplemente que era un poco tacaño. ¡Hasta que detrás de su tremenda frugalidad descubrí el principio de la inmortalidad! Según este

principio, taoísta, cuando uno muere y "entra en el círculo", no debería quedar nada: ni una migaja, ni un aliento contenido. El taoísmo barre con todo. ¡Todas las cosas deben refundirse en el silencio del Tao!

Levantarme temprano nunca ha sido un problema para mí; a las cinco y media di luz al oscuro jardín y puse a calentar el motor del coche.

Los búhos que habitan la vieja torre junto al estanque bajaron silbando y, amistosos como perros de caza, se libraron a sus escaramuzas sobre el follaje iluminado. Por cierto que muy a menudo los más jóvenes se exceden y se estrellan contra los vidrios coloreados

de la iluminada galería, como solían llamarla los chicos. No faltaba mucho para el amanecer; había un débil atisbo de claridad avanzando por el este, más allá de las descarnadas landas. Mi pequeña estación local está bastante cerca, sólo a una docena de kilómetros.

Siempre he encontrado placer en este viaje solitario al encuentro del primer tren, a lo largo de caminos casi desiertos salvo algún camión ocasional. La pequeña y lóbrega estación estaría todavía dormida cuando llegase: el revisor y el taquillera siempre surgen de la nada, como cajas de sorpresas, justo unos pocos minutos antes de que repique la campana para anunciar la llegada del

expreso de París. Sentía curiosidad respecto de Chang; ¿qué clase de hombre sería el que había ido a recibir? Me imaginé a alguien extremadamente frágil, venerable y viejo...

El rápido de París fue puntual, como siempre; se deslizó en la estación arrastrando los largos y negros vagones que parecían nuevos. Había un joven chino parado en la portezuela abierta de un coche, esperando que disminuyera la velocidad. Cuando bajó la escalerilla le di unos dieciocho años, tan livianos y flexibles eran sus movimientos. Sonrió y saludó con la mano —yo era la única persona en la plataforma— y luego saltó al andén, ágil como un gato. ¡Sí, era

realmente Chang! Sólo después de un rato descubrí que ese delgado joven chino ¡tenía alrededor de sesenta años!

Su único equipaje resultó ser un par de bolsos con cremallera, de Air France, como los que se compran en los aeropuertos. Llevaba un abrigo liviano, un jersey grueso y una gorra de esquiador. Se había pasado toda la noche sentado —o, más bien, había dormido sentado—, para economizar y también para trabajar un poco. El texto que había traído consigo tenía un aspecto bastante voluminoso. Pero él estaba fresco como una lechuga y parecía disfrutar de los paisajes que atravesábamos, entibiados como estaban



por la luz del sol que nacía. Era un amanecer magnífico, el campo estaba fresco después de un ligero rocío, y la promesa de un día agradable nos puso de buen humor a ambos. En el caso de Chang, era también su primera visita a Provenza y sus ojos ávidos y veloces pasaban como rayos por todas las cosas, a manera de libélulas, abarcándolo todo con un celo sin esfuerzo que me hacía sentir que se ocupaba de repintarlo todo en acuarela, transformándolo en su mente en una versión china de Provenza.

Los caminos estaban apenas despertándose cuando llegamos al pueblo y mi huésped expresó su admiración por él. Pienso que es el más

hermoso del Languedoc, con su cinturón de muros y fortificaciones medievales y su puente romano con terrones sobre el verde Vidourle, un río que a menudo salta de su lecho e inunda la ciudad durante una o dos horas antes de deslizarse hacia abajo, hacia Lunel y el mar. También mi jardín abandonado, con sus altos árboles y el estanque escondido, contaron con su aprobación. Chang parecía abarcarlo todo con una especie de visión panorámica, como una santateresa. Hacía pequeños gestos de satisfacción, como de reconocimiento. No hablaba nada de francés.

Mi maciza y a veces bastante brusca muchacha por horas que ya estaba

trabajando, lavando la ropa, se sobresaltó cuando me vio entrar; en la cocina con un chino. Él la saludó en inglés y luego se sentó silenciosamente a la mesa de la cocina para esperar el desayuno. Pero aquí se produjo un breve choque, ya que había traído su desayuno con él y parecía bastante asustado de tener que someterse a algo más pesado que la fruta. Hablaba con cierta timidez, pero tenía un aire de gran distinción. En realidad tenía la magnífica apariencia de un diminuto emperador, sentado a la mesa de la cocina con una especie de pasividad regia, casi un desvalimiento como el de los personajes hieráticos de rango, cuyos gestos, cada uno de ellos,

son estudiados. Por supuesto que era una fantasía. Su físico era delicado y de huesos extremadamente pequeños; descubrí que se había dejado enflaquecer implacablemente por la dieta que seguía. Su aire de autoridad cortés provenía quizá del hecho de que no se movía; estaba simple y felizmente sentado, como a veces están los niños. Le propusimos varios tipos de desayuno, pero todas nuestras sugerencias le parecieron superfluas. Sacó de su bolso una naranja y una pequeña navaja de plata. Cruzó hasta el fregadero con la ligereza de una chita y lavó cuidadosamente la fruta antes de cortarla en cuartos que luego comió lentamente y

con circunspección, cascara y todo. Entre tanto, yo me había repuesto y le ofrecí miel, leche, pan y otras frutas, una especie de desayuno yogui que contó con su aprobación. Habíamos acordado que iba a quedarse conmigo durante un largo fin de semana; yo esperaba que hubiese tiempo suficiente no sólo para trabajar sino también para alcanzar a mostrarle un poco del Languedoc. Durante un rato nos quedamos sentados con serena afabilidad, mirando como la muchacha hacía sus tareas rutinarias; sólo me concede una hora por día, justo lo suficiente para mantener las cosas en su lugar en mi vieja casa provenzal habitada por murciélagos, en la que vivo

solo la mayor parte del tiempo.

Ella se marchó pronto y ése fue el comienzo de un largo y maravilloso fin de semana, importante para mí, ya que combinó todo tipo de información selecta, un texto fascinante, cocina china y —lo que de alguna manera me sorprendió— mucha risa. Marchaba por la vida con la rienda suelta, mi amigo taoísta. Además, fue algo delicioso — todos los hombres lo sienten así- pasar algún tiempo encerrado con un miembro del mismo sexo; en los Alpes, por ejemplo, o bajo una nevazón, o en una ventosa isla griega. Aquí en Sommieres podíamos hacer fuego, experimentos culinarios; podíamos discutir, jugar a las

cartas, leer y hablar de mujeres; y no creo que una apreciación dé este tipo sea exclusivamente masculina: las mujeres también disfrutan liberándose de la parcialidad del sexo opuesto. Mi mujer solía pasar dos semanas cada año en un chalet de los Alpes con tres amigas, liberadas del aburrimiento de la irritante presencia masculina: libres para esquiar, discutir, cocinar, leer, jugar a las cartas y...hablar de hombres. Es absolutamente lógico. De modo que cuando la muchacha se fue —y no viene los fines de semana— me alegré de encontrarme enjaulado con un nuevo amigo que pronto resultaría ser —así lo esperaba— una mina de conocimientos

exóticos y el que me confirmaría varias intuiciones que había tenido antes leyendo a los clásicos chinos, aunque lamentablemente siempre en traducción.

Bueno, mientras la criada terminaba, Chang decidió darse un baño caliente y acicalarse, tras la fatiga del largo viaje; percibí, además, que después de un período considerable de olfatear con cautela —como hace un animal— su nuevo medio, de pronto se encontraba relajado y cómodo. "Si va a cocinar para mí, como prometió", dije, "tendrá que ser esta noche, porque la muchacha, sin esperar órdenes, nos ha preparado un almuerzo: bistec, un vaso de vino y un poco de arroz". Casi objetó algo ante la



mención de la carne, pero inmediatamente agregó: "No soy fanático, ¿sabe? Sólo para probárselo comeré un pequeño trozo e incluso tomaré un sorbo de vino". Era una espléndida muestra de buenos modales y, aunque bromeaba acerca del colesterol y de la grasa, me di cuenta de que hablaba en serio.

Lo que era un misterio era cómo llevaba tantas cosas en sus dos pequeños maletines porque, aparte de su comida (tres manzanas, un cartón de leche, miel, nueces y varias cajas de vitaminas surtidas) también tenía una muda de pantalones y otro jersey, así como una bata y artículos diversos.

Empezaba a verlo quizá como un prestidigitador chino que simplemente hacía desaparecer las cosas en los pequeños bolsos. Pasó un largo rato disfrutando del agua y limpiando su ropa, cepillándola escrupulosamente y quitándole las manchas con un trapo húmedo. Pero aunque proclamó que estaba muy restablecido por el baño, yo no pude ver rastros de un cambio: en primer lugar porque no había dado ninguna señal de fatiga.

"Hay sol", dijo. "¿Por qué no vamos a caminar?"

Era una buena idea. El quería ver la pequeña ciudad medieval, conocerla y orientarse en ella; estaba excitado por

hallarse en Provenza. Decía que podía oler la vitalidad del aire francés, mirando a su alrededor con la curiosidad de un insecto. Más atrayente todavía era el usual despliegue del mercado de los sábados, reluciente como un macizo de flores, dispuesto en las arcadas de la Place du Marché. Era un cuadro de color local que embelesaba a mis amigos; realmente, con los toldos coloridos de los forains y las hileras de brillantes hortalizas y frutas en los puestos, el espectáculo es delicioso en medio de la variedad bañada por el sol. ¡Y las hortalizas! Chang iba casi bailando de alegría conforme descendíamos sin prisa la gran

escalera de piedra hasta la placita, caminando despacio para abarcar la belleza de la escena. Dijo que haría ya las compras para la tarde y, cumpliendo con su palabra, comenzó a investigar microscópicamente las hortalizas expuestas, con la concentración de un ave de presa; esa entusiasta actitud de comprador se ganó la inmediata admiración de todos los vendedores del pueblo a quienes les traduje sus preguntas. Sus compras, cuando las hizo, fueron de lo más modestas: no podía imaginarme cómo dos hombres de estatura normal podrían subsistir con ese magro puñado de alimentos que cargó con cuidado y amor en una bolsa de

soga. Se lo dije, pero sólo se sonrió; y en realidad, cuando llegó el momento, descubrí con asombro que viviendo a su manera siempre parecía haber más que suficiente para comer de la deliciosa y liviana comida. Pero cuando se encargó de toda la cocina, asignándome simplemente la tarea del ayudante, comíamos unas cinco veces por día... Comíamos cuando teníamos ganas, y cada comida era diferente, una especie de tentempié.

\* \* \*

De modo que volvimos triunfalmente a la casa para despachar nuestro

almuerzo francés y hacer los preparativos para cocinar la comida de la noche. Chang observó mi colección de cuchillos y los encontró defectuosos. En efecto, algunos de ellos no cortaban absolutamente nada, y además preguntó dónde había una tabla de cortar apropiada. Por fin le encontré el mejor de los cuchillos y un trozo de madera de olivo, que pensó que serviría, y se puso a trabajar limpiando y pelando sus verduras con una economía extrema, Utilizando hasta el último pedacito de hoja y de cascara. Me di cuenta entonces de que, como él decía, cualquier cosa es comestible si se la corta en porciones suficientemente pequeñas. Me dio parte

de su botín y me mostró la manera de arreglármelas con él, mientras hablaba con cierta solemnidad acerca de cómo la cocina china elige los caminos más simples. Incluso a los dientes se les ahorra un trabajo duro cortando la comida tan finamente; y, en comparación con todos los trastos de la cocina occidental que nosotros usamos —cuchillos, tenedores y demás—, los chinos solamente tienen dos palillos para su porción y un pequeño cuenco. Todo lo que realmente se necesita es un cuchillo afilado y una tabla para cortar. Sintiéndome culpable, juré que en la primera oportunidad haría afilar todos los cuchillos. Esta hábil y juvenil

presencia china trajo un toque de exotismo a la cocina y me prometí a mí mismo unos días plenos de discusión y de autoeducación, ¡como dirían los taoístas!

Pero volvamos a lo nuestro. Chang desplegó sobre la mesa un grueso manuscrito para que lo leyese en los ratos libres. Pero para comenzar se ofreció a proporcionarme todos los antecedentes del trabajo de compilación que había dado a luz. Aquí debería agregar que para entonces ya había descubierto que Chang, a pesar de su nacionalidad canadiense y de su inglés perfecto, no era un chino nacido en el extranjero (como había temido al



escucharlo por teléfono); era un ejemplar casero de la China contemporánea, que había luchado contra los japoneses. Se había criado y educado en China. Era, por lo tanto, totalmente representativo de la cultura china de hoy y, como todos los chinos cultos, estaba empapado de la poesía y de las tradiciones del largo y diversificado pasado clásico de China.

Parecía algo ansioso por subrayar el hecho de que, si bien era vegetariano y abstemio, lo era, por elección personal deliberada y no por obediencia a ningún tipo de convicción abstrusa; mientras estaba ocupado cortando en cubos su montón de verduras, me explicó que en

realidad no existía nada parecido a una dieta generalizada que conviniese a todos. La dieta era un asunto individual y si uno era una persona seria —seria respecto a la propia mente, al propio cuerpo y a su participación en el proyecto fundamental general de universo como un todo—, uno estaba "obligado por su honor" a experimentar y a establecer la dieta individual adecuada. Él mismo se había dado cuenta de esto hacía relativamente poco; cuando llegó a Canadá desde China se había conformado con los hábitos alimenticios de su país de adopción, con resultados desastrosos. Había llegado a estar tan fuera de forma que apenas

podía subir escaleras. Comprendió que debía volver a la frugalidad nacional de su patria si quería recuperar la buena salud y el buen humor. Y así lo hizo, tras un minucioso estudio de sus necesidades alimenticias. El resultado fue una dieta por lo general vegetariana, aunque de vez en cuando podía, por cortesía, beber un vaso de vino; redujo al mínimo los almidones y suprimió la carne, aunque no el pescado. Pero se trataba estrictamente de un plan de salud y no tenía nada que ver con ninguna tendencia religiosa en especial; salvo en el sentido de implicar como consideración a largo plazo la noción taoísta de la inmortalidad. Yo estaba ansioso por

saber más acerca de esto y me alegré de encontrar a alguien que hubiese leído a esos filósofos en su lengua original y pudiese orientar mi pensamiento respecto a ellos.

Por supuesto todo esto tenía una relación directa con la génesis y la estructura de su libro que estaba ahí esperándonos, desplegado sobre mi escritorio. No obstante, mientras comíamos, me bosquejó los antecedentes fundamentales, por decirlo así, de la historia reciente de las ideas que contenía. (Chang, Jolan, *The Tao of Love and Sex* ("El Tao del amor y el sexo"), Wildwood House, Londres, 1977.) Comenzó con la invasión y

conquista de China por los manchúes. Esos caballeros refinados, con su filisteísmo espartano, habían gobernado unos ochenta y ocho años y, durante su gobierno, habían logrado apagar —de hecho, prácticamente erradicándolas—, con sumo éxito, todas las manifestaciones visibles del taoísmo; habían quemado todos los libros taoístas excepto el Tao Te Ching, posiblemente porque era demasiado profundo para que los bárbaros reconocieran su importancia. Además, afortunadamente para ellos, los taoístas no tenían ninguna inclinación por los factores escénicos (templos, rituales, indumentaria, uniformes, etcétera). No había nada que

los hiciese visibles para sus perseguidores. "Los verdaderos taoístas..., no tenían ningún rasgo distintivo excepto, si se quiere, una cierta mirada en los ojos: ¡una mirada taoísta! ¡Una mirada del ojo de la mente, digamos! ¿Cómo se podría perseguir una simple Mirada?" Al decir esto, Chang me echó, como ejemplo, una mirada taoísta, e inmediatamente comprendí lo que quería decir. Era una grandiosa mirada, breve y llena de travieso descaro, de ironía y de risa. Era una mirada de complicidad burlona: compartía la conciencia divertida e indirecta de lo valioso que era lo que no decíamos. Era como el primer vínculo

entre seres humanos que reconocen, su asociación en la totalidad del proceso. ¡Diablos! Era la mirada más turbadora que haya compartido nunca con un ser humano (dejando de lado a dos mujeres que siempre parecían estar naturalmente dotadas por los dioses con esa mirada). Comprendí que estaba mirando los ojos de Chuang Tzu, mi filósofo favorito: el Groucho Marx de la filosofía taoísta. Era, por decirlo así, el ojo de la Gran Paradoja. No hay nada que decir sobre este tipo de cosas: es el taoísmo y, apenas tratamos de decir algo explícito sobre él, se lo daña como cuando torpemente tratamos de apresar una rara mariposa con los dedos. Aquí nos

encontrarnos en la región del "ni lo uno ni lo otro" indio. Lo que hicimos y compartíamos mientras hablábamos así fue una magnífica comida; la Mirada divertida, penetrante y conspiradora parecía haberse introducido hasta en los alimentos y por entonces ya habíamos empezado a hacernos bromas, que es el mejor signo de amistad.

El taoísmo es un sector tan privilegiado de la filosofía oriental que se lo podría considerar una visión del universo más estética que puramente institucional. Un taoísta era el comodín de la baraja, el poeta del hogar. Su óptica dependía de una simple proposición, a saber, que él mundo era



un paraíso y que uno tenía la obligación de disfrutarlo de la manera más completa posible antes de verse forzado a abandonarlo. En tal sentido el imperativo categórico era que no debía desperdiciarse nada, ni una pizca de nada en el curso de ésta gran fiesta de inocente vitalidad. De alguna misteriosa manera el concepto de bienaventuranza humana inmortal se había introducido furtivamente en la mente taoísta. Optaron por dejarle Ta gran cuestión de la bienaventuranza suprema y de la beatitud perfecta a los niveles superiores de la jerarquía religiosa, para atenerse al mundo como realmente es (o así parecían afirmarlo). Pero

¿cómo se haría para alcanzar, en esta vida, ese deseable estado, de inmortalidad? Engullirse simplemente al mundo no sería posible, pues pronto sobrevendría la indigestión mental. La mayor delicadeza en el juicio, el mayor refinamiento en la intención debían reemplazar al automatismo animal con el que la mayoría de nosotros continuamos existiendo, atascados como animales prehistóricos en el lodo de nuestra noconciencia.

La plenitud llega en el momento en que el taoísta experimenta dentro de sí mismo un nuevo estado de perfecta ponderación: ¡saber que toda la eternidad podría verse comprometida

por una palabra descuidada, por una mera falta de atención, por el intempestivo temblor de una hoja! Hablarnos de personas que se han realizado a sí mismas porque sabemos que por desafortunado que parezca, las cosas reales sólo le ocurren a personas también reales. En cuanto al éxtasis perfecto, era hacia el poema (el ideograma de una aprehensión perfeccionada) adonde tendía el taoísmo de este tipo. Por eso Chang estaba ligeramente irritado por la pesadez conceptual, la tediosa verbosidad del pensamiento indio, con su eterno agregado de detalles y su abrumadora densidad. Esa concepción a menudo

engendraba eruditos, no sabios; pedantes, no poetas. Lo que la mente china había aportado a esa sobreelaborada maravilla era precisamente ese chispeante y evidente humor. La diferencia no estaba en el fin sino en los medios. Comprendí que el taoísmo de Chang había nacido de la sonrisa de Kasyapa: el estudiante no demasiado aplicado a quien Buda hizo sentar en el extremo del banco porque mientras él, el maestro, estaba aún en pleno discurso, se encontró por casualidad con los ojos del joven ¡y sorprendió en su rostro la sonrisa taoísta! No había necesidad de continuar hablando, ya que esa sola mirada

sonriente mostraba a las claras, que Kasyapa había comprendido toda la cuestión. Buda le tendió la flor que sostenía en la mano y le dijo que desapareciese de la clase. De modo que Kasyapa, para quien los indios resultaban tremendamente aburridos y muy carentes de humor, se fue a la China llevando como único equipaje la sonrisa taoísta. Y de ese intercambio de miradas nació la variedad más oriental de la realidad budista y, más tarde, el notable atajo del salto zen, que se desvió por completo de la jungla de la metafísica india sin perder por ello la verdadera esencia de la doctrina. En alguna parte de esa esencia había un principio de

aprehensión que era correcto y estaba allí para ser descubierto; después, uno podía aspirar todo el universo cada vez que respiraba. ¿Tratar a la tierra como a un perfume? Bueno, una fragancia no intenta que se la aprecie por acto de voluntad, aunque la esencia 'sabe' que ha nacido sólo para ello. Oportunidad, conveniencia: nuestra tarea consistía en captar la totalidad cuando ella mostraba, por decirlo así, su lado bueno. Todo esto lo leí en el texto de Chang. ¡Llegar por fin a acceder a la totalidad de la naturaleza!

Pero estas y otras cuestiones se enmarañaron bastante con la preparación de la comida, pues Chang

ya había empezado a sentirse cómodo en la acogedora cocina, con su suelo de baldosas rojas. En mí delegó la tarea de cortar las verduras cuidadosamente lavadas; además, en honor de mis cumplidos indios, entre quienes había pasado los diez primeros años de mi existencia, introduje algunos toques de la India en la salsa —curry y jengibre— que fueron bien recibidos. También habíamos encontrado en el mercado nueces y pasas de uva y mi huésped estaba ansioso por conocer algunos de los quesos franceses. Fue un trabajo agradable y fructífero el de reunir todas aquellas verduras todavía crujientes deliciosamente cocinadas al vapor. Fue

también un simbólico lugar de reunión de las dos grandes cocinas del mundo: la francesa y la china.



## 2.

Entre tantos temas era fácil perdernos de vez en cuando, replicando Chang a mis ansiosas preguntas con no menos ansiedad; parecía contento de tener alguien a mano con quien pudiera discutir esos temas, aunque fuera en inglés. Mis conocimientos, si bien muy provisionarios y superficiales, fueron una buena ayuda para comprender su texto, que era el bosquejo de una especie de terapia amorosa, no esquemática ni fosilizada rígidamente como el Kama Sutra, aunque siguiera en cierto modo la

misma línea. Lo interrogué sobre el yoga y le dije que yo practicaba, como aficionado, el método indio. "Yo hago yoga chino", dijo; "es un poquitín distinto, más fluido, menos estático". Blandiendo una cuchara de madera hizo algunas figuras arrebatadas, no muy distintas de un baile de salón deslizándose hacia la vieja galería con paredes de vidrio como un patinador sobre hielo. Traté de imitarlo para ver qué se sentía. En ese momento el jardinero malhumorado y existencialista que a veces trabaja para mí, bajaba por la entrada de coches y, al mirar hacia adentro, me vio aparentemente valseando con un chino. Nosotros no lo

vimos. Pero a él lo trastornó seriamente, la escena y se batió en retirada a la taberna del pueblo. Ajenos a todo esto, Chang y yo continuamos bailando hasta que el sonido del hervor nos hizo volver a las cacerolas.

# 3.

Pronto surgió también el problema de la inmortalidad en las conversaciones, y descubrí que mi huésped estaba absolutamente convencido de que no se trataba de ninguna figura retórica que fuese parte del menú, por decirlo así, aunque de hecho sólo pudieran alcanzarla los más grandes sabios. Había datos, sin embargo, que señalaban el camino. En lo que a él concernía, todo lo que deseaba aclarar en el texto en consideración, era el hecho de que si un

hombre lograba adaptarse con seriedad a la visión taoísta, podía superar con facilidad los cien años y, sin estar especialmente dotado, vivir hasta los ciento cincuenta. En una vida así no había ninguna razón para no hacer felizmente el amor más allá de los noventa ni para conservar todos o la mayor parte de los dientes. Todo se relacionaba con la dieta tanto espiritual como física. "Yo mismo me propongo vivir por lo menos hasta los ciento veinte. Si hubiese empezado mucho antes esta técnica podría esperar recorrer todo el camino. Pero la cuestión de la alimentación y de la vida sexual es principalísima y aquí el libro

tiene algo que enseñarnos. Comprenderá usted que reuní y traduje esos textos en primer lugar por placer y además para llamar la atención de un mundo que acepta tranquilamente que sus habitantes sean arrojados a la basura a los cincuenta años; que en muchos casos pierdan su capacidad sexual apenas pasados los cuarenta; y que consideren el orgasmo como una especie de patrón de bienestar cuando, después de los cuarenta, pueden restringirse y reeducarse al servicio del conocimiento interior en lugar de trivializarse en mero placer..."

Era, pues, una especie de tratado sobre el coitus reservatus y la

transmutación del amor físico en un goce basado en el contacto físico, más afectuoso que apasionado. Observé también que él creía que los occidentales usábamos el orgasmo más bien como un arma; le probaba al ego del individuo que dominaba a su pareja. El sexo podía usarse positivamente. En esos antiguos textos se subrayaba una y otra vez que el esperma del hombre (para mayor confusión de la mente occidental el mismo símbolo chino representa a esperma y esencia), era en extremo precioso; debía tratárselo como tal y escatimar lo más posible después de los cuarenta, si se pretendía dar el largo paso hacia la inmortalidad. Chang

mismo había adoptado la antigua técnica. Se limitaba aproximadamente a un orgasmo cada cien encuentros amorosos ¡y se las arreglaba para hacer el amor con varias chicas el mismo día! Para mi mente occidental eso sonaba totalmente extraño; allí en el texto, sin embargo, estaban el consejo y la guía de los antiguos maestros del amor que privilegiaban este método para preservar la salud y llegar a la longevidad. El sistema, de la mujer es tan distinto que a través del orgasmo se fortifica en lugar de agotarse y, por lo tanto, no tenía un lugar tan importante en el libro, excepto como compañera plena del hombre en lo sexual y en lo



afectuoso. ¡Pero era evidente que ella sabría aprovechar bien semejante ventaja! Chang sentía que con los importantes cambios habidos en el terreno sexual, basados en la invención de la píldora en Occidente, había llegado el momento para una obra de erudición china siguiendo esas líneas tradicionales. Pero ¿cómo hacer llegar su mensaje sin dar la impresión de lubricidad o de falta de delicadeza? Para la mente china la sexualidad era la más preciosa flor del gai savoir espiritual y, considerando la odiosa sensualidad y brutalidad de la actitud occidental, era difícil situarla claramente en lo que es: el terreno del

encuentro de dos perfecciones. Por eso, por ejemplo, en el texto no había nada sobre aspectos dudosos tales como homosexualidad, lesbianismo, desviaciones tan caras a la mente contemporánea. En el contexto del Tao (para los propósitos del texto) en realidad no existían o, si existían, no concernían a su tema, pues las parejas descritas en el texto manifestaban, lo mismo que el Tao, la polaridad funcional de masculino y femenino. El acto sexual era un acto de amor que los sumergía en la totalidad del proceso cósmico; no una batalla campal entre egos decididos a dominarse uno a otro. Toda la gymkhana sexual occidental —el

eterno manoseo del ego— llenaba a Chang de tristeza y yo comprendía bien por qué.

La imagen que usaba, la simple analogía que de alguna manera reflejaban las dobles serpientes enroscadas en torno a la columna vertebral (en forma de caduceo), era la de la lámpara común de luz con sus filamentos que se enroscan hasta la base del cráneo para dar luz. ¿Por qué escribir un tratado que incluyera todo lo que estaba fuera de esta fase: todas las formas hermafroditas que producían sólo oscuridad dondequiera que se manifestase la naturaleza? El tratado era sobre el amor logrado, no sobre el amor

entre las ruinas de nuestra cultura sexual. Me temo que su análisis de nuestra triste condición parecía perfectamente acertado cuando consideraba culpable al cristianismo con su culto del ego, del pecado original, del Dios de ira, etcétera. Qué puros y bondadosos parecían los simples preceptos chinos cuando se pensaba en nuestra desoladora situación en Occidente. Me fue muy útil vernos a través de sus ojos chinos. El esteta que había en Chang se sentía disgustado y aterrizado cuando pensaba en la atmósfera sexual de crueldad y fealdad que encontraba en las artes; pero del mismo modo le disgustaba pensar en los

rebosantes cubos de basura de Los Ángeles y Londres, en el imprudente descuido que nos llevaba a contaminar y devastar nuestra herencia natural sobre la tierra en una búsqueda perversa, casi deliberada, de infelicidad. El problema de las desviaciones sexuales lo llevó a su vez a interrogarme acerca de esos temas. ¿Había mucha homosexualidad en el Tíbet? No, pero ¿si había mucha en el Monte Athos y en el Vaticano! ¿Podría ser que el elemento narcisista que le subyace, según el análisis freudiano, se vea ampliamente reforzado por el código cristiano, el culto de la voluntad luciferiana de poder? Se rió y admitió que podía ser así.

"La gente quiere terminar con el sexo porque no le ha traído más que vergüenza y desilusión; y su abuso la ha llevado a una vejez prematura. Hasta carece de deseo y a causa de las horrendas cosas que come huele tan terriblemente que nadie quiere acariciarla. En Occidente la vejez es algo tremendo. No es de extrañar que se la tema, ni que a los viejos se los encierre en remotos departamentos o en comunidades para ancianos y se los deje morir. Ya no son útiles y han perdido la alegría que deberían tener." (Yo me dije a mí mismo: ¿Por qué nunca tuvo el Dalai Lama complejo de Edipo? Respuesta: porque no tiene ni padre ni

madre. ¡La virilidad se detuvo allí!) Pero entre tanto, ¿qué pasa con los amantes, los amantes taoístas cautivos en su eterno abrazo, reunidos en la impetuosa espiral del Todo, el ritmo cósmico arremolinándose lentamente en su trayectoria de yang y de yin, adelante y atrás, el péndulo de la madre naturaleza? ¿Qué pasa con Romeo y Julieta? Chang comenzó a irritarse. "Los amantes de los libros son simplemente los representantes de un proceso natural. Por supuesto que Romeo puede amar a Julieta y escribirle poemas de amor, para no mencionar el hecho de recitar acrósticos de significado bastante dudoso para hacerle reír. Pero ese

aspecto de las cosas concierne a sus personalidades, pertenece al dominio de la novela. Este tratado supone que son la Pareja Perfecta, perfectamente ubicados en la ciencia del yoga erótico: el Tao. Está más allá del estado de 'el-pep grande-se-come-al-chico' en los asuntos humanos. Mis amantes son los 'Sin-par', los amantes sin igual del esquema taoísta. No deberíamos hacerle preguntas tontas a la gente sobre ellos. La suya es una condición a la que debe aspirarse, aunque nunca la alcancemos." Tan simple como la savia corriendo por las venas de un árbol. Sadismo, masoquismo, ¿por qué ocuparnos de ellos excepto para lamentar que en esos



casos la naturaleza se haya desviado de la verdad y por nuestra culpa? Llegamos a ser lo que creemos. Los amantes taoístas, pues, carecían de ego; eran corporaciones humanas del proceso cósmico; era tonto querer llamarlos Romeo y Julieta cuando en realidad eran yangs y yins caminando dormidos. En ese momento hubo un corte de luz y pensé en el placer y la admiración de Chang cada vez que prendía la luz eléctrica con sus "filamentos de gratificados si bien descorporizados deseos". La gratificación de los amantes pertenecía a un plano diferente; a fuerza de dominar el orgasmo se elevaba el amor a una frecuencia superior. Una

vida prolongada, la vida inmortal cuya realización en la tierra uno tenía la obligación moral de procurar... Qué difícil era expresar todo esto de una manera que tuviera sentido para alguien educado en Occidente, con los cánones de una cultura cuyo lenguaje se basaba en la dicotomía. Pero quizás aun más importante que esto era que la antigua concepción taoísta de la sexualidad sugería que la considerasen como el mecanismo básico del que dependía el funcionamiento feliz y saludable del hombre todo. De ahí el papel de los maestros de amor cuyo campo de investigación era la situación psicofísica total. "Después de todo no está tan lejos

del enfoque psicosomático de la medicina moderna, sólo que ésta no tiene incorporada una doctrina cósmica destinada a extraer las espinas del ego."

Sí mientras hablábamos, discutíamos y comíamos bocaditos, fuimos desmenuzando el texto. ¡Había tanto para explicarme sobre el lenguaje del original y la actitud de los antiguos terapeutas...! Detrás de toda la ciencia subyacía una teoría en la cual giraba y se desarrollaba la aventura budista — incluida la india— convirtiéndola en una de las irrupciones intelectuales más extraordinarias en lo desconocido. En el mundo de los seres vivientes dedicado a devorarse unos a otros —y colmado de

salvajes mecanismos de defensa engendrados por el miedo— el budista proponía hacerse aún más indefenso frente al destino haciendo así resaltar el resorte cármico, "la fuerza de voluntad que da la falta de deseo", según la frase de E. Graham Howe, que de hecho modificaba su campo de acción mediante el sometimiento. Para dirigirse así hacia la luna de su no-ser, girando en el impulso, descubrió un mecanismo interno que le aseguraba que al final llegaría de vuelta a su curso normal por la ley de los opuestos. Pero todo esto para nosotros iba aparentemente contra las leyes de la evolución y la causalidad tal como parecían estar formuladas en

las teorías de la supervivencia del más apto. ¿Nos habían llevado entonces a creer en la ley de la selva? Era como si los yoguis desearan restablecer un estado anterior de la mente, una aquiescencia vegetal que tal vez haya dominado al hombre primitivo antes de que el don aristotélico de la conciencia lo hubiese enloquecido, hundido con su máquina de cogito-ergo-impulso-inhibición. Me preguntaba si era eso lo que había querido decir el viejo Empédocles de Sicilia cuando afirmó que los primeros hombres eran árboles. Quizá quiso decir plantas. Después de todo, el hombre originalmente surgió del agua. ¿La gema de la intuición surgida a

la vida a partir del loto anclado en el barro de la conciencia primordial?

¡Chas! Volvieron las luces y simultáneamente Chang trajo su montón hirviente de verduras a la mesa. Nos dedicamos a ellas mientras él me fue contando lo extraño que le había parecido el Nuevo Mundo, qué difícil que era el lenguaje (no gramatical sino conceptualmente).

¡Y qué divertido! ¡Ah, la bendita ironía de la mente china! Me di cuenta entonces de que era muy distinta de la de los patizambos japoneses, por un lado, y de la de los gangosos y zumbantes sofistas indios por otro. El hombre que puede ver el mundo con asombrada

ironía tiende a ser un buen conductor, alguien con quien se puede contar. "Hábleme del cristianismo", me dijo con la boca llena. "Bueno, empezando por la Última Cena, habrá notado que no era una comida vegetariana..." Descorché una saludable botella de St. Saturnin y llené mi vaso. Chang meneó la cabeza y dijo: "Está bebiendo un poco demasiado... Debemos intentar algo con usted". Yo no sabía qué quería decir y tuve la esperanza de que fuese hipnotismo chino lo que influiría en mi yo subliminal para que empezara a abstenerme. Pero todas estas ideas me habían excitado enormemente y necesitaba el vino para llegar al final de

la disposición arquitectónica de esa comida simple pero deliciosa que combinaba la China, Francia y la India en partes casi iguales. "Hábleme de su educación", le dije y se rió. La voz de los colegios le había llegado a través de la baraúnda de la vida.

Había oído a dómynes en California 'explicando' a Shakespeare; había visto a empedernidos fumadores yoguis norteamericanos mirando reverentemente la televisión en la postura del loto... Lo decía divertido y sin malicia. Y entonces sacó de su pequeño bolso, lo que me sorprendió un tanto, una formidable colección de tubos de diversas vitaminas que procedió a



tomar. "Bueno, ¿quién lo hubiera pensado?", dije escandalizado y él se sonrió. "Aquí en Occidente hay muchas cosas buenas y no veo ninguna razón para no utilizarlas. La ciencia de ustedes ha hecho algunos trabajos excelentes en lo que se refiere a las dietas, el papel del colesterol, los hidratos de carbono, etcétera. No me propongo ser prejuicioso. Son realmente de gran ayuda si se quiere estar delgado como yo; atajos, si quiere, pero útiles."

Ya había pasado algunos años luchando contra los japoneses cuando su familia decidió mandarlo a América; era un muchacho intrépido, muy laborioso y pronto aprendió inglés y se hizo

ciudadano canadiense. También hizo sus desastrosas incursiones en el sistema dietético de los anglosajones con los resultados ya comentados.

¡Obviamente en ese lapso había estropeado un poco su inmortalidad! Pero todo esto le sirvió en parte pues, mientras estaba tratando de curarse, empezó a hojear viejos textos chinos que encontraba en las bibliotecas del Nuevo Mundo y de Inglaterra, a la que frecuentemente visitaba. Descubrió que en el taoísmo había algo más que una religión o una filosofía; había también un enfoque médico y una guía de las alegrías frugales de la vida plena sobre la tierra. Los textos estaban todos muy

dispersos y él se había dedicado a reunirlos en lo que esperaba fuese un conjunto coherente: una teoría de la salud dentro del concepto del Tao universal. Esto, entonces, fue lo que se convirtió en el tema principal de nuestras largas y fragmentadas conversaciones. Los pocos días que pasó conmigo parecían sin fin, pasaban con un engañoso movimiento de cámara lenta, el tiempo en su extensión plena, por decirlo así. Cuando digo "largas discusiones" quiero decir realmente largas: sólo las suspendíamos para encender el fuego y hacer una comida (comíamos unas cinco veces por día). Supongo que además dormíamos unas

pocas horas; el cuarto de huéspedes le pareció frío y me preguntó si podía prepararse una bolsa de agua caliente. Yo le dije que ése era un signo de degeneración; ¿acaso su yoga no lo mantenía caliente? Sí, lo mantenía, pero desgraciadamente había tomado un sorbo de vino y el alcohol era fatal para el equilibrio del organismo. Sin embargo desdeñó mi ofrecimiento de una robusta bolsa de agua caliente y prefirió la suya que era pequeña. Descubrí que en uno de esos recipientes que se usan en las excursiones para enfriar las comidas (creo que se llaman bolsas térmicas) llevaba una pequeña provisión de leche. Bebió la leche

reverentemente antes de llenar el recipiente con agua hirviente. Yo tenía la impresión de que los límites de la noche y el día se habían perdido: que después de un breve sueño, se podía seguir discutiendo el texto una vez más. En una ocasión salimos distraídos a caminar. (En cuanto a la bolsita de agua caliente apenas le cubría las plantas de los pies.) Pero por más que discutiésemos el texto, él derribaba siempre mis fantasías rapsódicas y me traía a tierra con un típico sentido chino de las prioridades. "Al diablo con el nirvana, el fulcro y todo eso", solía decir. "Todo es evidente por sí mismo, pero lo que no debemos perder de vista es que el libro trata del

aprovechamiento de la vida en la tierra en su plenitud absoluta, de modo que no dejemos nada afuera, ni siquiera un suspiro. El término de vida común es demasiado breve para gozar plenamente de este mundo; podríamos y deberíamos expandirlo ilimitadamente para darnos tiempo. Todo esto es concreto y sumamente práctico."

Chang había tenido la suerte de poder conocer durante el curso de esos estudios a Joseph Needham, nuestro sinólogo más importante, cuyo estudio de varios volúmenes sobre la ciencia china es casi completo y es por cierto uno de los grandes libros de nuestro tiempo. Needham le había prometido un

prefacio y un epílogo al libro de Chang si lo armaba de manera académica y en términos claros. Lo cual era por supuesto muy halagador y él apreciaba su importancia. Pero, naturalmente, el problema residía en que una parte de ese tema era muy abstracta y la otra casi elemental. Desde el lado práctico, el problema básico era el de la cultura del orgasmo, cultura que se caracterizaba por la eyaculación precoz por parte del hombre y la correspondiente frustración por parte de la mujer. Esto podía y debía corregirse; y los antiguos textos de los maestros del amor daban indicaciones y reglas precisas, a la vez que la dieta y la observancia religiosa enmarcaban e

ilustraban todo el tema de las relaciones sexuales como parte de una ciencia cósmica. Desde el así llamado punto de vista cartesiano (tan valorado por los franceses) todo esto parecía muy aberrante; pero descubrí que para mí tenía sentido. A partir de mi propia experiencia personal pude verificar el hecho, de que, como decía Chang, hay una gran diferencia entre una eyaculación y un orgasmo. En la relación sexual de la que habla la doctrina taoísta, podía sobrevenir un orgasmo sin pérdida de la esencia vital taoísta. Se trataba de una cuestión no sólo de práctica consciente, sino de vínculo, de unión; la preciosa relación



se elevaba por entero a un nuevo nivel de intensidad que podía durar horas cada vez si era necesario, porque los dos espíritus permanecían inmersos uno en otro. Yo realicé dos veces esta experiencia, la cual presupone un vínculo tan intenso, tan profundo, que, de no hallar respuesta, su opuesto, el consiguiente rebote, la desilusión, ¡pondría en peligro la misma razón!

Me parecía que era el resultado de cierta adecuada piedad en el amor. Piedad que no tenía nada que ver con una religiosidad convencional. Yo la había experimentado con una persona: ella había mantenido la mirada tántrica hasta, su misma muerte, como algo

normal. Durante toda una noche los ojos azules continuaron mirándome con su felicidad traviesa: la mirada azul zafiro con su sonrisa privilegiada. Entonces me di cuenta de que en toda esta delicada relación no había habido cabida para la autogratificación de tipo egoísta. Me encontraba frente a la flor azul del conocimiento perfecto. Sólo hacia el amanecer la mirada se volvió verde mar primero, luego suavemente vidriosa y comenzó a perder su polen, a nublarse. Desperté de esas horas de fija atención sintiéndome profundamente instruido por esa serena mirada tántrica del otro lado de la muerte. Haber sido amado... ¡De repente me di cuenta de qué grande

había sido el halago! Pero, lo que resulta bastante divertido, es que en varias ocasiones no habíamos percibido si realmente habíamos hecho el amor o no, tan arrebatado había sido el éxtasis, tan estrecha la comunión de presencia y tacto. Sí, yo sabía adónde apuntaba el texto de Chang, pero me preguntaba si tales nociones tendrían eco en una época como la nuestra donde ese estado espiritual era tan raro como el estado físico que permite... ¡el orgasmo sin eyaculación! ¿Cómo podría transmitirse esto a los cristianos monoteístas a quienes la santurronería había desfigurado hasta la forma artrítica de los crucifijos? ¡Esa mirada había muerto

con el último cantar!

La esencia del Tao reside en su postura burlona. (¡Al pequeño dios se lo llama Coitus Absconditus!) Mi amigo estaba sentado tan quieto mientras me observaba caminar de un lado a otro, que pensé que quizá se hubiese dormido. "Usted es muy duro con el cristianismo", dijo por fin y yo sabía que tenía razón. Pero todo se debía a la sacudida mental que a los siete u ocho años había recibido en Darjiling donde me habían dejado un par de años en una escuela pública jesuita. Era un muy buen colegio y los padres eran buena gente; no había propaganda. Predicaban sólo mediante el ejemplo y el ejemplo que daban era

elevado. No, no fueron ellos los que me dieron el sacudón. Los protestantes éramos unos cuarenta chicos y se suponía que teníamos que practicar nuestro culto en la ciudad, en la capilla de la Iglesia de Inglaterra. Pero un día, cuando pasaba por la capilla del colegio inglés, encontré entornada la puerta y, curioso como son los chicos, entré de puntillas. En la profunda oscuridad me encontré con una figura de Cristo crucificado de tamaño natural colgada sobre el altar, generosamente manchada de sangre, perfectamente estaqueada y con una corona de espinas. Me invadió un indescriptible sentimiento de horror y de miedo. ¡De modo que era esto lo que

veneraban esos sacerdotes austeramente trajeados y barbudos, en esa densa lóbreguez entre flores y velas! Casi no era una secuencia lógica de sensaciones y sentimientos: era algo totalmente espontáneo y no formulado. Pero el horror no me abandonó nunca; y cuando mi padre decretó que debía irme a Inglaterra para educarme, sentí que me estaba entregando en las manos de esos sádicos y caníbales, esos hombres que reverenciaban esa efigie brutal de la cruz cristiana. Durante años no pude traducir esto en palabras, pero en ese preciso momento supe que en adelante no podría llegar a confiar en nadie que se llamase a sí mismo cristiano ¡y me

invocase así ese símbolo de la infelicidad y de la condenación eterna! ¡Cuánta razón tenía! Hasta ahora nada ha surgido en mi camino que pudiese persuadirme a modificar este punto de vista bastante terminante aunque quizás absurdo. (Sí, absurdo, porque yo me había perdido en un templo tántrico y había visto en las paredes decoraciones que mostraban joviales actos de canibalismo, espectros bebiendo sangre en calaveras y descuartizando cuerpos humanos miembro a miembro, para comérselos; fácilmente podría haber recibido un shock en el sentido opuesto.) La carretera principal que pasaba por el colegio de Darjiling corría a lo largo de

los campos de juego; la visión de los lamas tibetanos partiendo para sus largas peregrinaciones hacia las distantes llanuras de la India era una escena familiar. Sonrientes, como si vagasen a través de las páginas de Kim, hacían girar sus pequeños cilindros de oraciones. Desde entonces los he tenido en mi mente y aún puedo oír el sonido de esos pequeños cilindros de bronce mientras ellos murmuraban sus plegarias. Pero tuve que hacer un gran rodeo para redescubrir a los lamas. ¡Era un león y fui arrojado a los cristianos!

\* \* \*



Así, página tras página, el texto se abría a nuestro estudio, mientras los argumentos y las explicaciones se desparramaban lateralmente como cangrejos. Chang estaba encantado de enterarse de que hasta el viejo Rabelais había reflexionado sobre el tema de la longevidad, y se preguntaba si no era posible "probar cuánto duraría, bien cuidado, un hombre ingenioso y agradable". Presumiblemente serviría el mismo tipo de fórmula: respiración, dieta, regulación de la sexualidad. Las respuestas taoístas de Chang deben de haber parecido a primera vista algo extravagantes sin embargo, en el libro había textos y declaraciones de los

antiguos maestros de ese arte de amar que sugerían exactamente lo contrario. Cuando empezamos a examinar éstas ideas yo estaba - cortando puerros y mientras los preparaba tiré inadvertidamente grandes trozos de hojas exteriores. Horrorizado, Chang emitió algo así como un gorjeo —un sollozo chino— y se zambulló en el cubo de la basura para recuperarlos mientras gritaba enfadado: " ¡Está desperdiciando otra vez; y sabe muy bien cuan firmes son mis principios taoístas!" Había pesar en su voz y me sentí castigado y arrepentido. Tomó las hojas descartadas y las alisó delicadamente con sus dedos, como si

hubieran tenido un mensaje precioso grabado en ellas. Las lavó. "Son demasiado toscas y viejas, Jolan", protesté, pero él sacudió la cabeza y frunció los labios. Enrolló las hojas como se haría con una hoja de tabaco y, tomando el cuchillo más afilado, las cortó tan finamente como le fue posible. Repitió por centésima vez: " ¡Cualquier cosa es comestible si se la corta en trozos suficientemente pequeños!" Con todo, había algo de lo que me enorgullecía: el haber logrado su vuelta al jengibre, pues hacía mucho tiempo que no lo usaba en la preparación de las comidas. También el curry; yo tenía curry -fresco de Madras..., como diría

un anglo-indio, "fresco de las axilas de Krishna". Fue menos caritativo con los vinos de la casa y no quiso probar el café. Pero me contemplaba indulgentemente mientras yo bebía y, brindando a su salud, dije: "Padezco de un ataque de longevidad reprimida". Pero él únicamente se sonrió y meneó tristemente la cabeza diciendo: "Usted está bebiendo demasiado, lo que falsea su razón y perturba su equilibrio yogui, además de engordarlo..." Por supuesto tenía razón, pero en ese momento el buen Dios nos daba un motivo para hacer tonterías y no quería quedarme atrás. En cierta forma inconsciente esta conversación sobre el Tao —sobre el

déclíc prelapsario que nos permitía abrir la puerta de la inmortalidad— me hacía evocar viejas ideas que alguna vez tuve acerca de la naturaleza del acto poético. Sentía como si con cada poema hiciera cada vez más consciente el orgasmo, agotando, por decirlo así, la simple amnesia provocada por la eyaculación per se. Quizá, sin saberlo, había estado muy cerca del corazón del Tao del sexo, tal como lo predicaba mi amigo, quien estaba sentado a la mesa de la cocina mirándome de manera un tanto curiosa. Había en su rostro una mirada de concentración ferviente. Entonces vi con sorpresa que había un vaso de vino delante de él. "Voy a beber

con usted", dijo, "sólo para ver qué encuentra en ello, si es que encuentra algo". Como conocía sus principios y sabía hasta qué punto se exigía combatir la glotonería para conservar el equilibrado estado de salud que disfrutaba, en el primer momento no lo creí.

Bebí un largo trago. De inmediato él hizo lo mismo. Bebí otro. Él también. Al hacerlo puso una cara terrible, pero parecía totalmente resuelto a suicidarse de esa manera nauseabunda. ¿Lo hizo para dejar sentado un reproche o una advertencia? No dije nada; seguí hablando sobre la estructura preadánica de la psiquis y otros temas del mismo

tipo, mientras continuaba bebiendo. Él me imitaba. Cuando volví a llenar mi copa, me alcanzó la suya para que le sirviera. "Basta de tonterías", dije, "sé que le hace daño. ¿Está tratando de avergonzarme?" Sacudió la cabeza y contestó: "No, simplemente estoy tratando de hacer una prueba con usted". Tomé un trago, él tomó otro. De esa forma terminamos juntos de comer bebiendo copa tras copa. Era por supuesto un combate desigual, puesto que yo estaba entrenado, mientras que él, pobre taoísta... Comenzó a tambalearse y a reírse sin motivos; mis bromas le parecían excesivamente graciosas. Empecé a preguntarme si

tendría que llevarlo hasta la cama. Me pareció que era hora de que Occidente hiciese alguna contribución cultural a la escena taoísta, de modo que emití con la garganta la risa del gran Vampiro: el gesto con que acojo todas las adversidades imprevistas de la vida. "Extraordinario grito", dijo. "¿Qué efecto tiene?" Yo respondí: "Despeja el aire y despeja la cabeza; lo tomé de fuentes griegas y tibetanas. Aquellos que aprenden la gran risa están a salvo. Inténtelo". Mantuvo el equilibrio como si fuese a saltar Sobre un precipicio y produjo una imitación muy tolerable del grito. Mientras bebíamos lo practicamos juntos durante un rato hasta que el yeso



comenzó a soltarse del techo. Fue una suerte que el malhumorado jardinero existencialista no eligiese ese momento para fisgonear desde la galería...

En conjunto fue una noche espléndida, plena de variaciones, pero plena también de esa concentración dirigida con que mi amigo buscaba influir sobre mi psiquis. Podía sentir sus terribles consecuencias metiéndose en mi vida, pero no lo suficientemente de prisa como para impedirme beber la cantidad establecida para una gran velada. Más tarde me explicó la dinámica de ese pequeño acto, que en chino se llama simplemente "estar sentado". Forma parte de un mecanismo

dador de salud que está dentro de los poderes de cada uno y de todos. El objetivo es modificar la conducta en un sentido provechoso, si uno tiene un amigo que se está dañando por determinada conducta. Sentado junto a él y concentrándose en esa conducta, se lo puede hacer buscar caminos distintos, por otro ramal. Como desviar vagones a otra vía en el ferrocarril. No tiene nada que ver con la cura médica profesional en la cual el médico impone su voluntad sobre el paciente. Tal como él la explicaba, la técnica de estar simplemente sentado, permite penetrar en el carácter del amigo, del mismo modo que entramos en un bote y

tratamos de timonearlo. Es obvio que el viento y la corriente juegan su papel. Pero mediante un acto de pasividad amistosa se lo puede agujonear para que modifique la conducta estéril y se vuelva a orientar...

Desarrollo este punto porque durante todo un mes y medio después de la partida de Jolan, mi consumo de vino tintó disminuyó de las habituales cuatro o cinco pintas por día, a cuatro o cinco vasos, sin provocarme depresión alguna, pero el influjo se disipó después de un tiempo. Sin embargo era como la sugestión posthipnótica y desde entonces la ensayé sobre algunas personas (simplemente estando sentado,

meditando, no diciendo nada) con éxito evidente. Pero debo decir que el vino le dio al texto su brillo rosado y sus toques de armonía y liberalidad; hacía de los hombres y mujeres aliados naturales, compañeros sexuales en una técnica cósmica. Hasta observé que algunos de los grandes maestros de amor de los emperadores eran, en realidad, mujeres cuyo consejo buscaban. Grandes consultores de amor cuyos nombres han llegado a través de los textos llenos de la fragancia y el ardor de un lenguaje que jamás conoció gazmoñería ni lascivia en materia de amor. Hablamos de la respiración y de la parte yóguica del tema (fue en este campo donde el

vino me estuvo robando el control). Pero, hasta donde pude juzgar, había captado la noción central del contexto chino. Me pregunté a mí mismo qué era lo que hacía diferente la conducta del acróbata de la del yogui. El acróbata puede realizar proezas de destreza física superiores a las posturas del yoga por complicadas que sean, pero eso no lo conduce a ninguna parte pues el fin de su destreza no es el de la virtud que incluye un principio cósmico. Ignora la poética estrella polar que el yogui sí capta..., el arcano campo magnético en el que penetra, se interna...

Jolan Chang cloqueó suavemente. Era triste —pero de alguna manera

también consolador descubrir que durante todo un período histórico en China misma se había perdido la notación del Tao, se había roto el vínculo entre hombres y mujeres. Ellas se convirtieron en vampiros y ellos en vencidos y afeminados; todo el esquema cultural y político de las cosas había perdido su equilibrio. Los estados zozobraban en la anarquía y la disolución. El germen de trigo se había dañado. La edad de las tinieblas se cernió sobre todo el país. Según mi amigo, la historia china podía ofrecer más de un ejemplo de ese tipo de colapso de la conciencia histórica, junto con la consiguiente recuperación que

trae el movimiento pendular, pues nada es eterno. ¿Viviremos para ver cómo nuestra época recupera el juicio?, me preguntaba. En la naturaleza todo pende de un hilo... "Embárguese en el Tao y no tendrá un momento de paz porque exige aplicación, comprensión y equilibrio ininterrumpidos." (Eso era lo que decía Lao Tsé). Somos como los equilibristas que andan en la cuerda floja sobre la ciudad; pero con la práctica algún día podremos caminar con los ojos vendados, sin vértigo. Contra toda razón, siempre lo creí así. Era alentador que Chang también sostuviese la misma interpretación del poema.

Ese día, antes de que nos

entregásemos al reducido sueño habitual fui testigo de una divertida explosión de humor chino que mi amigo produjo repentinamente ante la vista de un cenicero. Por singular coincidencia, los gitanos y comerciantes habían estado trayendo al pueblo todo tipo de chucherías esotéricas, con destino al mercado. Esotéricas en el sentido de que eran floreros de vidrio con la marca 'Birmingham', rosas de la India confeccionadas en seda, maravillosamente naturales, etcétera. Entre todo ese material descubrí un par de pequeños ceniceros de bambú, de hermosa forma y con dibujos pintados a la acuarela que representaban un



arbusto, un río, la figura de una chica sosteniendo una caña de pescar. El estilo estaba muy adulterado, pero la forma era ineludiblemente china. Buscando cerillas sobre el fregadero de la cocina, Chang tropezó con una de esas chucherías. Lanzó una exclamación de curiosidad y la tomó para examinarla. La dio vuelta. En el reverso tenía una pequeña inscripción en inglés que decía "Hecho en Taiwan", Mientras leía esas palabras algo se le cruzó por la mente y se volvió hacia mí sin poder dejar de reír, señalando la frase con el dedo, mudo de alegría. En cierta forma yo podía entender el contexto de esa broma cósmica; si se pensaba en la inmensidad,

la complejidad, la antigüedad de la China y la trivialidad del poder político contemporáneo en manos de vaqueros norteamericanos o de magnates evangélicos con alma de Las Vegas... Sí, merecía una carcajada. Su carcajada era tan contagiosa que me vi forzado a unirme a ella y juntos nos doblamos de risa hasta que nos dolieron los flancos y le imploré que parase.

"Taiwan", jadeó sin poder evitarlo.

"Taiwan", repetí, sin poder evitarlo tampoco. No había ninguna necesidad de glosar más el asunto, aunque no tengo ni idea de lo que hubiese pensado el jardinero de nuestro comportamiento. Más adelante, cada vez que Jolan veía

ese pequeño platillo con el garabato adulterado y falso, soltaba una risita involuntaria.

Chang había traído consigo, además, una cierta cantidad de documentación auxiliar del tipo de la de Kinsey y, si bien no tengo nada en contra del enfoque estadístico, sé lo poco confiable que puede ser si se lo usa como base del análisis. Sé, además, que son muy pocos los cuestionarios que realmente se contestan en forma sincera. Chang no estaba de acuerdo conmigo. Había observado algunos resultados positivos en el campo cuantitativo. De acuerdo, pero ¿estábamos volviendo a una inocencia perdida o, dados los nuevos

cambios llamados 'permisivos' de la conducta sexual, nos proyectábamos hacia adelante, hacia un cambio de principios en Occidente que podría modificar no sólo la conducta, sino también las disposiciones internas de la psiquis? "Mire", dijo Chang, "yo no le estoy vendiendo nada. Lo que aquí le ofrezco es un puñado de textos que constituye un sistema bastante coherente dedicado a la salud y el equilibrio psíquico".

Recuerdo que hablamos bastante sobre Henry Miller y sus padecimientos. Esto le interesaba mucho a Chang, pues admiraba su obra y había captado el sentido profundo que ella tiene y que a

muchas personas se les escapa. El mismo Miller dijo en alguna entrevista: "Mis libros no tratan del sexo sino de la autoliberación". Chang se regocijó al enterarse de que andaba por los ochenta y que esperaba, con un poco de cuidado, llegar a los cien. Después, aparentemente, las cosas se volvían mucho más fáciles. Dijo que le gustaría darle algunos consejos gratis, estrictamente como gerontólogo y, con ese fin, saqué la máquina de escribir y Chang me dictó una carta, que resultó larga y detallada, acerca de cómo conservar las energías y facultades. Mencionaba algunas hierbas chinas, como la raíz del gin sang, pero Miller ya

las tomaba. Lo maravilloso "era el alegre optimismo del viejo escritor, a pesar de su pierna estropeada, su arteria plástica que no cumplía realmente la función de la que le habían extirpado, y de un ojo que le producía molestias. Chang me aseguró que todo eso podía mejorarse considerablemente si se seguían sus consejos, de modo que con toda prisa despachamos una larga carta para Miller.

Al terminar la carta empezamos de nuevo a cocinar y mi compañero dijo: "Después de comer le mostraré algo que le dará verdadero placer. Tuve la suerte de comprar por pocos peniques una pieza de cerámica Sung en la tienda de

un anticuario de Londres, que no la había reconocido". En consecuencia, cuando terminamos la comida, revisó sus maletines, bebiendo al pasar un ritual sorbo de leche de su botella, y sacó luego un pequeño florero marrón oscuro; no tenía nada decorado ni grabado y, efectivamente, parecía que no valía gran cosa. Hemos visto objetos de precisión torneados que sugieren en su forma cierta adecuada eficiencia sin ser estéticamente atractivos. Se lo dije, pero se limitó a sonreír. "Pero usted no lo está mirando. Mírelo, simplemente, como una forma, como una sombra o una nube." Lo levantó con tres dedos y girando la muñeca lo colocó delante de

la ventana por donde entraba la luz del sol.

"¿Cómo sabe que es una pieza Sung?" Volvió a sonreír. "Las proporciones, no hay otra señal distintiva. Por eso el anticuario no la reconoció. Es como el ciego que debe reaccionar al tacto familiar de las cosas. En este caso, si sólo pudiéramos tocar, no podríamos saber qué es. Trate de mirar dentro de él y de sentir las proporciones, sentir la manera en que fue 'puesto', como un huevo de pájaro." Después de un tiempo empecé a ver vagamente lo que él veía; era similar a un teorema de geometría. Entonces me di cuenta de que lo que él admiraba era la



manera en que el pequeño objeto se llenaba con, el espacio vacío; no admiraba sólo la habilidosa manipulación del material y la belleza de la función. Así, desde nuestro punto de vista, se podría pensar que el pequeño souvenir no tenía mucha importancia pero para él era una trampa exquisita, puesta allí para decorar el ambiente circundante que quedaba fuera de él y lo rodeaba. La estética china... Bien, digamos que se apoya en aptitudes contrarias. Contrapone la materia al espacio, la música al silencio. La estética consistía en encontrar el equilibrio mágico. Es más, consideraba tan importante la belleza como la

funcionalidad. Sí, había empezado a vislumbrar vagamente qué era lo que para Jolan Chang constituía una deliciosa experiencia estética. Hasta ese punto China se me había acercado.

Lo que le impresionó especialmente fue que en el lóbrego vestíbulo de mi destartalada casa hubiese fijado cuatro hermosos paneles de madera que encontré cuando eran rematados en las subastas públicas de Nimes. No me habían costado casi nada. Cada uno de ellos tenía la altura de un hombre, y la madera parecía ser un trozo muy sólido y hermoso de teca. Sin vacilar reconoció que provenían de Pekín, aunque el médico francés que los había vendido en

Nimes, los había traído de Saigón. Eran paneles pintados que, según me dijeron, se colgaban en el exterior de las farmacias del Lejano Oriente como publicidad, para atraer a los clientes. Dos eran rojos y los otros dos negros, el yang y el yin, los dos principios de la naturaleza. Los rojos tenían grabados poemas, los negros consejos médicos. Pero lo que decían exactamente era un misterio y había estado a la espera de que algún chino viniese y me los tradujera. Ya hacía casi seis años que los tenía pero, cuando uno sabe que va a vivir eternamente, puede permitirse esperar que pase el tiempo con feliz resignación. Y entonces Chang,

encantado, tras un examen muy minucioso, me propuso traducirlos a buen inglés. Me dijo que, efectivamente, se colgaban en el exterior de las farmacias orientales. En los rojos se leían poesías curativas, mientras que en los negros había unos pocos consejos admonitorios, en los que se citaba el nombre de algún gran maestro de la medicina del pasado. Era como si en Europa se viese escrita sobre un panel así la inscripción 'Principios médicos según Paracelso'. Tampoco me había equivocado al pensar que los dos colores representaban los dos principios cósmicos. Era la vieja mecedora del Tao. Para entonces ya me había dado

cuenta de que todos los chinos, sin excepción, eran taoístas en el aspecto filosófico y estético y partidarios de Confucio en el aspecto dogmático y teológico. La gran penetración y equilibrio de la vida intelectual y estética china se centraba en esa fructífera alianza.

Exactamente en la misma forma los franceses se han ingeniado para llegar a una fructífera y armoniosa alianza entre la naturaleza básica de Rabelais y la de Pascal, la de Montaigne y la de Descartes. Los paneles mismos eran extremadamente hermosos y me alegré de que a partir de ese momento, por fin iban a poder hablarme, aun cuando fuera

en una imperfecta traducción extranjera.

*Inscripción del panel rojo.*

*Cuatro manantiales llenos de nubes  
y de humo esparciéndose por los  
pastos.*

*Inscripción del panel rojo.*

*Un patio entero, con el viento y el  
rocío engendrando flores.*

*Inscripción del panel negro.*

*El Arte de la Medicina se  
beneficiará si toma en cuenta la  
habilidad de Wah To para abrir  
estómagos y limpiarlos.*

*Inscripción del panel negro.*

*El Arte de la Cirugía se beneficia recordando las técnicas de Pian Cha para abrir el pecho y transplantar corazones.*

Chang no. tenía a mano los libros para completar los detalles biográficos de los dos médicos, pero prometió reparar la omisión apenas llegase a Cambridge donde iba a pasar diez días discutiendo la propuesta que le habían hecho sobre su libro y otros asuntos pendientes.

Aparentemente existía en Cambridge una biblioteca muy selecta, si bien pequeña, de bibliografía china de consulta; nunca me había enterado de

ello. Pero él, fiel a su palabra, me telefoneó una semana después de su partida y me dijo que había investigado acerca de los dos médicos. Estaba muy excitado con el panel dedicado a Pian Cha por su referencia única a los transplantes de corazón. Nunca había visto una referencia de ese tipo en ningún panel semejante. Pian Cha había sido, en efecto, un cirujano famoso y su caída en desgracia se había debido presumiblemente a intrigas palaciegas urdidas por competidores celosos. Desde su punto de vista, éste era el más interesante de los paneles. Yo, a mi vez, estaba encantado de que también hubiese encontrado el nombre de Wah To. Había



sido un médico taoísta famoso que ejerció en el siglo 2 o 3. De modo que por fin me resultaban inteligibles esos fetiches curativos que eran mis paneles; ¡y además era evidente que los paneles escarlatas con poemas habían sufrido un poco el influjo de Ezra Pound!

Y así el día fue haciéndose noche y yo encendí las luces de la galería con sus fantásticos vidrios 'retro' de colores; y cada vez que practicábamos la risa del vampiro o el chillido de un pajarraco de la Mongolia Exterior, los búhos bajaban de la torre en medio de risotadas, mientras sus pequeños parientes (el búho ateniense), hechizados por la luz que atravesaba los vidrios coloreados,

emitían su llamada quejumbrosa. Caminábamos como osos de acá para allá, opinando y discutiendo. "No se trata de la virginidad; sino de que, desde el punto de vista chino, la modestia natural que es encantadora tanto en la mujer como en el hombre, no debería degenerar nunca en gazmoñería ni en lujuria; en términos taoístas ambos extremos son una enfermedad. Nuestros libros eróticos de cabecera son la respuesta y los jóvenes amantes los utilizan en ese sentido, para descargarse de cualquier excedente mórbido de culpa o de miedo."

Por supuesto, ahora me doy cuenta de la diferencia, pensé. En cierto modo,

el taoísta nunca se libera del sentido de pertenencia a todo el proceso humano y cósmico; ni cuando respiraba ni cuando hacía el amor. Se trataba también de aptitudes opuestas; estaba libre del complejo del ergo sum. Sin embargo, después de leer sus textos, quedaban todavía muchas cosas por saber; muchísimas, en mi caso. Habría sido sumamente interesante abordar el tema de la clase de tipología que la astrología china ofrecía a la pareja; ésta era una ciencia que, después de todo, alguna vez fue considerada tan amplia como la que nosotros llamamos psicología; en realidad, si pensamos en la pobreza de nuestra tipología psicológica moderna

que se reduce, en último término, a unos tres tipos humanos físicos o mentales... Aun cuando la astrología sea muy discutible como ciencia exacta, no se puede negar que intenta circunscribir la amplia variedad de las disposiciones humanas y las contingencias que rodean su aparición sobre la tierra en un determinado tiempo y lugar. Pero, por supuesto, esto quedaba fuera del informe de mi amigo; y él no quería dar la impresión de que estaba interfiriendo con la erudición simple y clara de su libro, aventurando juicios que fuesen más allá del hecho de que había probado los preceptos y descubierto que tenían muchísimo sentido. Un indicio también

de nuestra creciente intimidad —surgido de la idea originada en su texto— fue su inesperada explicación de lo que estaba haciendo en Suecia. La muchacha que amaba, y con la cual había tenido una hija, era natural de Estocolmo y había decidido volver allí desde los Estados Unidos. Chang, que había llegado a ser muy conocido en Canadá como fotógrafo especializado en retratos infantiles, había encontrado la vida en el Nuevo Mundo cada vez más vacía y había decidido seguirla. Me mostró algunas hermosas fotos de la pequeña: era tan bonita como un cerezo en flor. Yo tenía hijas y podía entender perfectamente su decisión.

También hablamos de los mándalas y del alcance de la lógica simbólica contenida en esa especie de signos escritos, así como también en la poesía pura y sin adornos de todas las formas clásicas. (La poesía y la lógica modernas nos parecían sospechosas, si bien traté de convencerlo de que en obras o pensamientos aparentemente negativos existía también una rebeldía fructífera engendrada por la no participación, como en las obras de Ionesco o de Beckett.) ¿O acaso —me preguntaba— su no participación, su negativa a unirse a la danza, su escepticismo de moda, no eran sino un signo de la pusilanimidad intelectual

característica de la época? Me habría gustado saberlo. De todos modos estaba agradecido de ver que en alguna parte, a las pequeñas damas chinas de Ghang se las tomaba en serio y no se la relegaba al status de meros casos en lugar de almas. También me alegraba, de la manera en que puede hacerlo solamente un anciano, por haber vivido en un período en el que las mujeres no eran un mero accidente sino una aventura total. Cuando Ella entraba en una habitación todos nos levantábamos enseguida para buscarle una silla; nos sentábamos y esperábamos que hablase. Y cuando se iba, todos saltábamos para abrirle la puerta. Y cuando se cerraba detrás de

Ella, todos suspirábamos al unísono y nos mirábamos unos a otros exclamando "¡Por Júpiter! ¿No?"; y jugueteábamos con nuestras barbas y bigotes. Su valor para nosotros era mucho mayor que el de un objeto de placer, en el sentido convencional de una tarjeta postal. Tampoco era simplemente la madre tierra, ya que en aquellos días el padre existía, tenía deberes y un papel que desempeñar. No estaba reducido a cenizas, como los padres que uno ve hoy, incapaces de engendrar el magnetismo sexual que podría justificar su rol social o de proveer un campo fértil donde una mujer pueda desplegar la fuerza de su calor, su ternura y la



profunda intuición que la hace la maestra incomparable y la guía misteriosa del hombre. Cuando ese don se pierde, por supuesto, los hijos pagan el precio con carencias afectivas. También de ello trataba el Tao, puesto que la pareja y la relación constituían el ladrillo biológico básico a partir del cual se construye la sociedad. "Si al ladrillo le falta paja..." toda la metodología sexual del cosmos dejaba de funcionar. Cuando la pareja no funcionaba, nada funcionaba. Mientras paseábamos entre las vides soleadas, hablamos también de las imágenes de Bueyes Pastoreando, con su simbolismo del alma que condensa sus recelos,

interrumpe el cine mental, capta el rebaño. En cambio, yo prefería la imaginería de otro contexto —creo que árabe—, la del instinto religioso visto como un pájaro enjaulado que un día se escapa por el cuarto. De ahí en adelante el problema consiste en cómo volver a enjaularlo. El pájaro naturalmente se emborracha con esa libertad recién descubierta y sin embargo no sospecha que existe más espacio vacío fuera del cuarto, fuera de la casa, fuera del sistema solar. No conoce el significado del espacio puro, sino sólo un espacio condicional, así como siente también cierta nostalgia por la seguridad y la certeza de la jaula de la que había huido.

Pero la mayoría de estas incursiones en los dominios externos de la filosofía no servían para el manuscrito de Ghang, que prefería mantenerlo bien simple, como una monografía, sin resonancias didácticas o éticas. En cuanto al Tao y a todo el complejo del pensamiento chino: era yo quien debía beneficiarme, apartando a mi amigo muy lejos del tema en los momentos que interrumpíamos para comer, dormir, discutir o caminar. Para mí era enriquecedor hablar sobre esas viejas pasiones que moldean la vida, como las de Lao Tsé y Chuang Tzu, con alguien que había captado plenamente el original.

Hasta cierto punto había pagado mi

deuda con él, precisamente porque a fuerza de insistir en darle vueltas al asunto, como habíamos hecho, le había aclarado muchas facetas de nuestro pensamiento occidental que él necesitaba tener en cuenta para hacer que su tema resultase claro y accesible para el lector occidental. Releí el texto —en ciertos aspectos algo esquemático— y traté de objetarlo desde distintos ángulos. Chang se alegró de que no le encontrara deficiencias. Se nos agotaba el tiempo. Lo esperaban en Cambridge donde sería alojado por un amigo, en condiciones un tanto espartanas que a veces determinaban que tuviese que dormir en el suelo. Se ocupaba de su

ropa y de su atuendo general tan puntiliosamente como un gato. A pesar de los ofrecimientos de la muchacha de lavarle o plancharle la ropa, prefería ocuparse él mismo de sus cosas, pasándoles un trapo húmedo o una plancha caliente. Cuando pensaba en la forma en que viajaba, durmiendo sentado en los trenes, me sorprendía lo atildado que se veía siempre. Por supuesto yo lamentaba que se fuera tan pronto. Su libro me había creado una especie de vínculo con mis propias preocupaciones juveniles, las que se habían cristalizado todas en torno a la noción del Tao. Su lectura me hizo volver, como a través de un tubo, hasta

ese remoto y lejano día junto al azul mar Jónico en el que me dije con asombro: " ¡Qué diablos, debes ser un taoísta!" También explicaba la machacona sensación de ser un segregado que siempre había tenido en Occidente la impresión de ser un salvaje; y también la culpa de sentir que estaba representando un papel que no estaba a la altura de mis responsabilidades de creyente cristiano. A pesar de lo mucho que hubiese querido hacerlo, puesto que amaba con devoción a mis padres. Y sin embargo el despertar, pour ainsi diré, fue no sólo de índole poética, aunque si lo llamo 'religioso' me refiero más bien al sentido antropológico que al sectario. Una vez

que estuve despierto a la poesía, tuve la sensación de que de ahí en adelante no podría hacer nada enteramente frívolo, todas las cosas tendrían sentido; incluso si fuese a cometer alguna maldad, siempre iba a tener un propósito... Después apareció otro pensamiento, igualmente gratuito, que ignoro de dónde venía. "El poeta es alguien a quien no puede sorprender la muerte, puesto que ha asumido un lugar imaginario dentro de ella mediante sus poemas." ¡Desde pequeño había caído en la trampa hasta la cabeza!

"¿Tiene algo de comer que le sobre?" La pregunta me volvió a la realidad. "Porque podría llevármelo.

Cuando viajo, como muy poco." Examinamos juntos la nevera. Tomó con angurria un sorbo de leche para ver si se había agriado o no. ¡No! ¿Podía llevársela? La vertió reverentemente en su pequeña botella térmica. Había un par de manzanas, un pequeño trozo de queso, algunas galletas y un tomate. Calculé que serviría justo para mantener vivo a un ratón durante una noche más o menos. "Esto me durará por lo menos tres días", dijo Chang, recorriendo con la vista el montoncito. Me lo imaginé en los arrabales de Cambridge mordisqueando ésa comida y soplándose los dedos para calentarse; pero como todo buen yogui, apenas sentía el frío.



"Estaré bien." Tenía la intención de llevarlo yo mismo a la estación pero, a último momento, me notificaron que tenía una llamada telefónica de larga distancia que no podía cancelar. De modo que llamé al taxi del pueblo que se metió saltando y rechinando por la entrada de coches, rodando sobre los cascotes sueltos. "Bueno", me dijo, regalándome una última mirada taoísta acompañada por una sonrisa de amistosa complicidad. "Gracias por todo el viaje. Ha sido un encuentro memorable, ¿verdad?" Por cierto que lo fue, y yo me sentí tan abatido, viéndolo irse, que no atiné a darle la despedida. Ató sus pertenencias en torno al cuerpo y se

puso el abrigo ligero y el gorro de esquí de suave lana. "Nos volveremos a encontrar en Londres", dijo, y yo asentí. Luego el taxi lo transportó hacia la noche mientras yo me quedaba un rato en el jardín, pensando en su libro y escuchando el silbido de los búhos que bajaban aleteando en busca de ratones campestres o de murciélagos.

Así terminó mi primera visita taoísta y cuando la primavera se transformó en verano, comencé a estar cada vez más ocupado con otros problemas de la vida diaria. Pero de tanto en tanto recibía una llamada de Jolan Chang para informarme de los progresos del libro. Había encontrado algunas ilustraciones

bonitas y apropiadas, el prefacio y el epílogo eran excelentes, etcétera.

Contribuí con una nota para la solapa, prometiendo una ayuda más sustancial más adelante; pero, por una serie de fútiles contratiempos, no la pude prestar en el momento adecuado. El libro apareció y tuvo éxito, mereciendo comentarios periodísticos serios —si bien con ligeras reservas— de la prensa inglesa. En Francia, sin embargo, la crítica se mostró más interesada y el público, joven la mayoría, muy entusiasta. Aparentemente lo entendieron, incluso gente acostumbrada a jugar con los hilos fraudulentos de la dialéctica o

habitualmente sometida a los hipos del "Tel Quel". Pero era un libro demasiado simple y sin pretensiones como para provocar fuertes tensiones de tipo intelectual. Supongo, en realidad, que para que a uno lo sacudiese, tendría que tener alguna noción sobre el valor de la respiración; o haber hecho sondeos previos que llevasen a algunas conclusiones sobre el significado del silencio... Pero, de cualquier manera, la pequeña librería vecina a la vieja Sorbona me informó que se lo pedían mucho. Chang volvió a su gran piso y a su compilación —para no mencionar el pequeño gnomo que tenía de hija— y nuestra correspondencia terminó; yo

tenía varios viajes por delante. Pero lamenté haberle fallado en el proyecto de Londres. Felizmente, el apoyo de Joseph Needham, le había dado al libro el prestigio que necesitaba para su lanzamiento.

# 4.

Llego el otoño, un otoño lleno de conflictos: la economía de Francia había empezado a desmoronarse con motivo de los problemas laborales que ocasionaba el alto costo del petróleo. Los árabes habían estropeado los planes de nuestra economía y no habría retorno a la prosperidad y al pleno empleo en lo que me restaba de vida. Bueno, ¿qué importaba después de los sesenta? En París, paseando por los Quais, tropecé con un Obras de Óscar Wilde y, para mi sorpresa, encontré en ellas una reseña

del Tao Te Ching debida a su pluma; no deja de ser paradójico que hubiese sido escrita para una revista femenina de modas, de la que él fuera en un tiempo el editor. Si la memoria no me es infiel, se trataba de una breve reseña de la traducción inglesa de Giles, la primera hecha en Londres.

La nota escrita con simpatía sugería que Wilde había entendido cabalmente las doctrinas del viejo sabio. Debió escribirla durante su período de mayor insolvencia pecuniaria, cuando necesitó acudir al periodismo para poder subsistir. (No fue el único. También ocurrió con otros grandes poetas, como Mallarmé, quien se vio alguna vez en el

apremio de tener que publicar una revista de modas por idénticos motivos.)

Regresé al sur. Llegó la vendimia, el vino; vinieron las corridas de toros y siguió el taciturno período de tormentas y nieblas que anunciaban un invierno prematuro. Iba a ser riguroso, según los pronósticos del tiempo. Y lo fue. Una vez más lo pasé a solas con los búhos; ellos no se quejaban de nada. Debía haber montones de ratones y murciélagos desamparados en el viejo parque de árboles altos. Yo estaba tratando de escribir dos libros a la vez, cosa que no se debe hacer. Entonces me llegó una invitación de los tibetanos para compartir con ellos su celebración



de Año Nuevo a principios de febrero. Había seguido con interés la suerte de ese pequeño monasterio, que debía su existencia (por entonces en peligro por razones financieras) al repentino aporte de refugiados que provocó la caída del Tíbet. Era, por cierto, el centro más interesante y poderoso que tenía el budismo en Francia, y el antiguo castillo que se le había transferido a la orden ocupaba un lugar ideal (por su lejanía entre bosques no poco melancólicos, bastante cerca del Autun) para los estudios introspectivos, retiros e iniciaciones que los lamas tibetanos prometían a su virginal audiencia estudiantil. Hasta entonces no había

podido ir nunca, ya que mis viajes me habían alejado siempre de Francia durante el período de plena actividad de la abadía. Pero los vínculos eran firmes. Después de todo, el clan Kagu Ling provenía directamente —de la iniciación por transmisión oral, de boca en boca, por el aliento— del poeta nacional del Tíbet, Mila Repa, cuyos poemas y enseñanzas conocía desde que cumplí dieciséis años y que al punto me traían a la memoria la extraña vida que había vivido en Darjiling, con sus clases sobre textos sagrados y sus excursiones de la escuela dominical a la Colina del Tigre (¡pero actualmente sin tigres!). Además, mi padre era aventurero y

estaba ansioso por aprender y, mientras tuvo a su cargo la diminuta vía férrea (Siliguri-Darjiling), nos llevó en muchas excursiones, cabalgatas y caminatas al amplio valle del Teesta. Una vez llegó hasta Kalimpong y muchas veces visitamos monasterios budistas en sus días festivos. Pero desde entonces, hacía ya mucho tiempo, yo no había tenido ningún contacto directo con cosas tibetanas. El breve folleto llegó en un momento en el que mucho lo necesitaba, cuando imperaba el desorden en mis asuntos personales y me atormentaban una docena de diferentes y molestas contingencias. A pesar del tiempo — toda Francia estaba bajo la nieve y la

larga lista de los daños que había producido y de las inundaciones catastróficas ocupaban por completo los boletines de noticias— decidí viajar en mi pequeño automóvil todo terreno, con la esperanza de poder evitarme problemas, si conducía con prudencia, y llegar sano y salvo a mi destino.

Como de costumbre, la realidad resultó mucho menos dramática de lo que sugería el periodismo, si bien era verdad que el viento barría la autopista y una densa lluvia azotaba con alfilerazos, alternando zonas aisladas de visibilidad con blancos apagones de pura neblina. Se tenía la rara ilusión de que tramoyistas invisibles cambiaban de

lugar pedazos enteros del paisaje, ya hacia adelante, ya hacia atrás. En Lyon, como siempre sucede —invierno o verano—, sobrevino la habitual oscuridad manchada de smog. ¡Qué fealdad, qué 'desarrollo urbano'! Además, ¡qué destino, haber alcanzado la meca de la gastronomía francesa! Ya todo el mundo le teme a Lyon, a sumergirse en la gran depresión acuclillada en que se asienta la ciudad, ¡y sobre ese hermoso brazo del río, además! Se emerge del otro lado con un suspiro de alivio, como un paciente que despierta de la anestesia. Pero su espíritu se va arrastrando hacia el sur y hasta mi propio villorrio envía sus

almas al norte, a buscar trabajo en Lyon; huéspedes del smog y del humo. Dentro de cinco años la misma Sommieres no será más que un suburbio en el cual pálidos trabajadores urbanos estragados por la aspirina se preguntarán por qué no pueden dormir... Al norte de Lyon el cielo se oscureció y densos parches de niebla me obligaron a encender los faros durante un largo trecho; había calculado llegar a la meta hacia las cinco de la tarde y no estaba lejos de lograrlo, no obstante esas contingencias, que me imponían cautela y precaución.

El Maconnais entero parecía estar cubierto por el agua, ya que el desborde de lagos interiores había alterado en

forma impresionante la topografía habitual. Únicamente se destacaba sobre el agua la cima de los enhiestos álamos, sumergidos en casi toda su altura. Gracias a ellos se podía seguir el curso de los caminos principales que habían desaparecido. Los postes habían sido derribados como bolos, los cables eléctricos se arrastraban por todas partes. Los bomberos y el ejército habían salido en gran número transformados en esta emergencia en marineros, al rescate del ganado flotante o de personas presas y aisladas bajo sus propios techos. Por fortuna, los grandes parapetos de la autopista Corrían por encima de esos valles arrastrados por el

agua y, cuando llegó el momento de abandonarla, el terreno era mucho más elevado y se estaba secando, si bien lo cubría una espesa capa de nieve. Las sierras que tenía que atravesar para llegar a Autun no eran muy altas, pero alcanzaban a elevarse lo suficiente como para que nevase. Por suerte, las barredoras de nieve habían pasado y un ligero deshielo había venido a ayudarles. Se podía ver los agujeros abiertos en el asfalto por los deshielos primaverales de la nieve al escurrirse hacia los valles. El tiempo se había puesto muy frío. Había entrado en un paisaje melancólico, con caminos sinuosos que corrían a través de densas



áreas boscosas, con hojas sin quemar y limo en descomposición. Las granjas eran pocas y alejadas unas de otras, no había tráfico y las estaciones de servicio estaban muy espaciadas. Llené el depósito con cuidado y disminuí las presiones en mi cochecito todoterreno. Cuando no está bien cargado tiende a elevarse flotando hacia el cielo ante Ta más ligera excusa, especialmente cuando hay mucho viento en las autopistas. Entonces apareció Autun, con su arquitectura anticuada y solemne y su pálida población acurrucada en sus abrigos para protegerse del viento cortante que se abatía sobre ella desde la dirección de Dijon. Es una ciudad de

cierta importancia, con su mercado, y posee un algo de fría belleza. El acento es fuerte y marcado, evoca al Delfinado, a Grenoble. La gente es brusca y vivaz, indiferente a los visitantes, tal vez soñando con vender sus posesiones y trasladarse al sur, adonde brilla el sol. Atravesé la ciudad y me alejé hacia las tierras bajas; formaban una especie de bolsillo sobre una verde mesa de billar, separado del cuerpo principal de Francia por una cadena de sierras. En el fondo del bolsillo aparecía el remoto castillo de Plaige, en medio de su frío entorno boscoso. Me costó llegar hasta él. Allí también encontré arroyos que habían desbordado su cauce, caminos

cortados, árboles caídos y cables sueltos; pero el camino principal estaba despejado, aunque ya la luz se extinguía, anunciando la noche, y la nieve caía copiosamente. Era bueno que nevase; reencontrar el ambiente de mi niñez en cualquier otro elemento me habría hecho sentir que algo faltaba. Cuando por fin —después de desrizarme entre los campos nevados y de preguntar el rumbo al ocasional mortal que encontré en toda esa blancura—, divisé los altos campanarios del castillo con sus banderas lacias y empapadas, me di cuenta con súbito placer de que el lugar que se había donado a los monjes era, en sí mismo, un pedazo del antiguo Nepal,

del viejo Bután. Era exactamente el tipo de castillo-casa de campo que podría ser morada, todavía hoy, de un raja montañés. Habíamos conocido a algunos que vivían en castillos precisamente como ése, cerca de Kuyseong y en las colinas alrededor de Darjiling. Sin embargo, a pesar de ese toque de orientalismo, la antigua construcción — con sus amplios establos, cobertizos, graneros— todavía persistía en ser lo que realmente era: una granja demasiado grande, típica del norte normando.

Cojeé hasta ella por un execrable camino privado, que el típico barro de la región ponía viscoso y, después de descubrir al monje que estaba a cargo de

la taquilla, firmé el libro y me di a conocer como visitante de fin de semana. Había alojamiento, y muy agradable, por cierto, en el bien calefaccionado castillo, pero opté por dormir en mi cochecito. Estaba acostumbrado a él y me gustaba la sensación de independencia que me proporcionaba por las noches. Así que me autorizaron a estacionarlo dentro de los muros de la granja junto a la cocina y el refectorio, punto estratégico ideal. Era algo así como volver nuevamente a la escuela; llegaban docenas de personas en todo tipo de transporte y eran pocos los que parecían conocerse entre sí. En realidad, se parecía mucho

al primer día de clase en un colegio. La gente caminaba de aquí para allá, buscando su alojamiento, examinando el lugar o saludando a amigos que había visto por última vez en la India o en Katmandú. Había una deliciosa calidez en el interior y la cámara del santuario era hermosa. Las pizarras del vestíbulo estaban salpicadas de anuncios acerca de los servicios que iban a oficiarse y de otros más perentorios y terrenales que prohibían subir al piso superior con las botas enlodadas. Reinaba una atmósfera de exaltación serena, de esa alegría especial de los encuentros entre personas sedientas de dharma. También había alguno que otro que todavía no se

había desprendido del tabaco y que se escondía entre los árboles nevados del parque para dar la última pitada a un Gauloise azul. Le estaba agradecido al yoga por haberme liberado de esa cruel adicción hacía ya unos ocho años, sin ninguna recaída. (Había sido, un gran fumador.) La cena transcurrió en medio de amistosa animación y pude conversar con algunas personas, entre ellas un hombre de larga nariz y apariencia un tanto adusta, que parecía ser en extremo escéptico. No porque dijese nada, en realidad, sino porque su manera de mirar los anuncios de la pared y de examinar a sus compañeros de mesa (sorbiendo por la nariz) sugería que su

pensamiento era: "¡Esto no es más que una tontería y una farsa!". No hace falta decir que la comida era buena; debieron hacerla los lamas franceses, ya que algunos de los platos eran excelentes; crema de castañas, uno de ellos. Pero yo estaba cansado después del pesado viaje y contento después de haber optado por la intimidad del coche, en el que podía desenrollar mi cama, encender una vela por placer y leer algunas líneas de Donne o de Mila Repa antes de caer en un apacible sueño, apenas consciente de los movimientos que se producían en la oscuridad, al ir llenándose lentamente los dormitorios de las cuadras con los novicios que habían llegado después del



crepúsculo provistos de sus sacos de dormir. La nieve acallaba y adormecía todo sonido fuerte. Pero la escarcha era densa y cuando me desperté, a eso de las tres, y me deslicé afuera para dejar mi impronta en la nieve, el cielo estaba brillante de estrellas —puntitos de luz escarchada— y un viento frío y crujiente venía en remolinos desde el norte anunciando más nieve. Acudieron a mi memoria recuerdos e impresiones del pasado, incoherentes y desconectados. Me alegraba de que nevase, porque en mis recuerdos siempre nevaba y siempre los blancos colmillos de los montes Himalaya al otro lado del valle conservaban todo el año el resplandor

azul vidrioso del hielo. Plaige era como una miniatura, pequeña pero fiel, de esos grandiosos paisajes de mi infancia; era la versión escénica, por así decirlo, de un paisaje épico. Al atardecer, justo antes de la comida, habíamos escuchado agudos y bonitos acordes y golpes de tambor y nos dijeron que los lamas residentes —los dignatarios todavía no habían llegado para presidir las ceremonias principales ensayaban todas las tardes para el servicio de la mañana. Es un sonido inolvidable, esa mezcla de estruendos y sonidos breves, de elefantes y ratones. Evocaba muchas olvidadas impresiones del pasado, ya que era el esquema musical ordinario de

Nepal, Bután y otros puntos más al norte. Conseguían combinar los sonidos de un concierto de Alban Berg con los de un duende al que se está castrando. Pero los ecos del ensayo no duraban mucho y se desvanecían cuando sonaba el gong de la comida. Aparentemente, los lamas tenían sus habitaciones en el tercer piso. Suyas eran la música y la plegaria que nos llevarían inexorablemente hacia ese continuo galopar: ¡la fuerza natural del cosmos: el Tao!

Casi todos estábamos despiertos antes del alba; vi cómo se encendían las luces y escuché el chasquido de la cocina de gas en la que se preparaba el

té fuerte para los visitantes. Me alegré porque hacía mucho frío y el rocío espeso se había convertido en escarcha sobre mi parabrisas, al que tendría que raspar. Probé con agua caliente, pero se congelaba tan pronto como la aplicaba. El primer servicio también era temprano y los virtuosos ya habían aparecido, todos arrugados, pálidos y bostezantes después de una noche de dormir helados en las dependencias exteriores. No me habría perdido por nada el servicio matutino; sabía que estaría lleno de formas y sonidos evocadores. Irrracionalmente, escuché la voz de F que decía: "Según ellos, a nuestra cosmología le falta un skandah". Se

sentía olor a incienso, a botas de goma y a leche en las escaleras. La casa estaba caliente y la cordial sala del trono todavía casi vacía. Es agradable llegar algo temprano y prepararse respirando suavemente y ejercitándose en la concentración. (No hay nada especialmente tibetano en ello; es igualmente cierto cuando se trata de otros servicios religiosos en lugares santos consagrados a esa clase de actividad psíquica, como las catedrales o los santuarios cristianos. ¡Hay que hacer un esfuerzo, si se quiere extraer el meollo de las cosas!)

Gradualmente se fue llenando la capillita, se abrieron las puertas y la

congregación se acomodó en el suelo, adoptando muchos la posición del loto. Y entonces entró el alegre conjunto de los lamas, con sonrisas en sus graciosas caras cuadradas, haciendo avanzar ruidosamente sus duros cuerpos cuadrados, con un ímpetu irresistible; energía de montañeses que se llevan bien con el frío y el viento y que gozan de ruda salud campesina. El lama principal rebosaba buen carácter y esplendor. Ejecutaba su rutina en forma competente y relajada. El lama más joven era un niño de unos doce años. Me recordaba un poco a un servicio ortodoxo griego, en el que es fácil encontrarse con un par de viejos

sacerdotes, de apariencia fina aunque pirática, asistidos por un bedel de aspecto disoluto y un adolescente tembloroso que de tanto en tanto golpea un triángulo y mira a su alrededor con asombro y alegría de cretino. No era exactamente lo mismo, porque este pequeño tibetano estaba a cargo de tambores que habrían regocijado el corazón de un baterista de jazz. El lama principal rindió los homenajes preliminares a los diversos dioses y diosas de los distintos santuarios. Caminó alrededor del altar, por así llamarlo, agachándose para farfullar una oración a las divinidades, apenas audible y sin embargo dicha en una voz

profunda y ronca que hacía pensar en una rana de zarzal en la época del acoplamiento. Había también algo amenazador en su manera de abarcarlo todo con la mirada..., casi parecía un mastín verificando que todo estuviera bien. Se podía percibir su declinación y su escrupulosa conciencia. Luego de barrernos con la mirada, ocupó su lugar y comenzó el servicio. Es absolutamente imposible describir el placer y la confianza re adquirida que me proporcionaba ese servicio común y corriente. Los tambores y pífanos volvían a traerlo todo a mi memoria. Era como los cascos de las muías de carga tropezando, cuando avanzaban



torpemente por los senderos estrechos antes de caer en la hondonada que corre debajo. En un instante vinieron a mi mente los paisajes rocosos. Siempre lo importante era la altura. Los precipicios eran literalmente inconmensurables, ya que en esos senderos montañosos las zonas de densa niebla se veían flotar tanto por debajo como por encima. A veces arrojábamos una piedra y nos quedábamos a esperar para ver cuándo llegaba al fondo..., si es que llegaba. Las áridas montañas de Nepal, con su aire ricamente oxigenado y sus formas eternamente cubiertas de nieve que escondían monasterios secretos; podía recobrarlo todo por medio de esa

música extraña y embriagadora. ¡Como tambores, los cascós en la roca! Por supuesto que en esos senderos de vértigo de verdad, las muías rodaban con frecuencia, siendo como son criaturas tan estúpidamente obstinadas. No había espacio para maniobrar, de modo que muchas veces se escuchaba contar cómo se habían precipitado' en esos abismos, en medio de una lluvia de piedras. ¡Cuántas pequeñas cosas había olvidado! Había olvidado exactamente a cuánta suciedad física se podía llegar por falta de agua, viviendo en una lamasería a cuatro mil metros. Esos monasterios con forma de, nube, dulcemente seductores, que se ven tan

bien en las fotografías, a menudo no eran más que escondrijos áridos y crueles, que sólo servían para la contemplación y el descubrimiento de uno mismo, aprendiendo a alterar el eje de la mente, aprendiendo el arte de respirar. En algún momento, en el sofocante desván intelectual de la mente cotidiana se encontraba la clave, o bien se hacía pedazos un cristal de la ventana y el aire puro entraba con violencia a oxigenar el espíritu del contemplador. El agua era tan preciosa como lo es en las áridas islas del Egeo y la que permitían almacenar las tormentas del invierno se guardaba para hacer el té. La enfermedad es relativamente rara allá

arriba, en esas fortalezas, probablemente porque, a pesar de ser ardua la búsqueda espiritual del lama, su vivir cotidiano está anclado en una noción de vida sin coacciones ni tensiones; y fue precisamente la coacción la raíz primordial de la disonancia que, según los taoístas, dio origen a la enfermedad. Me acordaba de todo esto mientras el servicio seguía su curso, entre cantos y tambores; en él aparecían, aquí y allí, pasajes que sonaban de pronto como si proviniesen de la India, y también de Occidente. Aires ligeros, graciosos, que sugerían canciones indias campesinas y hasta baladas escocesas; éstas sólo aleteaban

durante un momento y luego volvían a la aspereza esencial del esquema melódico de dos tonos, transportado en el toque vibrante de las gaitas (aplastemos lentamente a un ganso o a un bebé de tres meses y tendremos alguna idea de esa vibración infernal). Y luego, ¡shis, zas, pum!, los triángulos y el gran tambor se abrían paso y los monjes comenzaban a postrarse; algunos eran jóvenes franceses, por lo que no cabía pensar que aprender tibetano y hacerse budista fuese nada más que una chifladura romántica; o que no fuese únicamente una reacción desesperada contra el desenfreno mental de París, con sus aburridos mistagogos

empeñados en complicar implacablemente lo obvio con nombres extravagantes... Del Fraude a Freud y viceversa una y otra vez. Y fíjense que habría mucho que perdonar si ése fuera realmente el caso Yo sé muy bien que si se me condenara a ser un intelectual francés en el día de hoy con seguridad montaría de un salto la mula más cercana y me encaminaría a Lhasa. Lentamente el servicio fue perdiendo energía, falta de corriente como un tren eléctrico, y terminó por fin con un golpe del gran tambor, mientras todos se relajaban y sonreían a sus vecinos como congratulándose, como si todo hubiese sido un gran éxito y ese éxito se debiera

a la cooperación general de todos nosotros, lo que tal vez era realmente así. Ya era hora del desayuno y estábamos todos completamente despiertos y de buen humor. Se veía a la gente con mayor claridad, cómo era y qué papel desempeñaba viniendo aquí para el año nuevo tibetano. Había una o dos ancianas muy hermosas y algunas elegantes jóvenes de París. Había también un par de tontitos de dieciséis años que no sabían más epítetos para empezar o terminar de hablar que *vachement chouette* y a quienes el servicio producía el tipo de excitación que uno podría sentir ante una buena representación teatral; especialmente la

parte del servicio en la que el sacerdote se entrega a una especie de danza de marioneta de las manos y las muñecas. Estaba también un australiano, para quien, aparentemente, tenía alguna virtud especial hacer girar mientras comía el cilindro de oraciones; tenía el aspecto de un lava copas deficiente mental. "Ahora se consiguen eléctricos", le dije; "funcionan con pilas de linterna". Me miró sin disimular su disgusto. Casi podía oírle susurrarse a sí mismo: "¿Budismo mecanizado? ¿Qué vendrá ahora?" Más tarde lo vi en la biblioteca, inmerso en una traducción del Mahamudra, siempre haciendo girar distraídamente su cilindro propiciatorio.



¡Que se lo llevara volando un demonio tibetano!

Había una gruesa capa de escarcha y la lechosa luz no ofrecía ninguna promesa de sol. Además, se me presentaban problemas; problemas de motor. Al lavar el coche, raspando para sacar el hielo y controlando el calefactor, me percaté de que una pieza vital se había soltado y debía reemplazarla si quería evitar que se rompiera el amortiguador. Era muy fastidioso; pero si dejaba el coche allí se congelaría y posiblemente tendría que esperar hasta la primavera para poder moverlo. Y el viejo castillo estaba a muchos kilómetros de Autun, donde era

de presumir que hallaría adelantos técnicos que me permitieran sustituir la pieza faltante. Entonces decidí que, hacia el atardecer, me arrastraría de vuelta por el camino a Autun con la esperanza de reparar el desperfecto. Me quedaba todo el día, para hacer contactos y estudiar y lo utilicé a pleno. La biblioteca era buena y estaba muy solicitada. Se había programado un cierto número de buenas conferencias y un horario casi continuado de clases sobre el Tíbet, con profesores de cuya idoneidad no cabía dudar. Todo el programa estaba organizado sin esfuerzo y bien. Era evidente que detrás de la empresa había una dirección bien

organizada. Pero a mitad de la tarde me pareció más sensato aprovechar la luz y emprender mi incierto viaje a Autun. Así lo hice, sólo para llegar y encontrarme con todo cerrado anticipando el fin de semana y con que el único taller decente del lugar no tenía los recambios. Había que hacerlos traer de París, lo que llevaría toda la noche; pero con la inminente huelga de ferrocarriles-.. Así transcurrió mi año nuevo tibetano. Una noche llena de corrientes de aire, en un frío hotel de Autun, no contribuyó a calmar mi irritación. Sin embargo, sentía que había visto lo que había ido a ver: el funcionamiento de la abadía y el estado general de la enseñanza

prevaleciente en ella. El asunto iba en serio. El Tíbet había llegado y, por decirlo así, se quedaría. Se me ocurrió que quizá sería mejor dirigirme de vuelta al sur, en lugar de volver a Kagu Ling como había pensado; los pronósticos meteorológicos eran tan implacablemente lóbregos que era disculpable mi preocupación. Nieve, hielo, inundaciones... El recambio no llegó hasta el lunes, tarde, y el coche no estuvo arreglado hasta la mañana del martes. Para entonces, los dignatarios tibetanos ya habrían volado como cisnes, en dirección a la India, donde estaban ubicados los seminarios fundadores. Sí, me escaparía a casa.

Viento y lluvia castigaban la autopista, y el tráfico que corría por ella —muchas pesadas casas rodantes y pocos coches particulares producía rociaduras en cadena, como pesadas lanchas a motor en un mar agitado. Una buena salpicadura de sus ruedas traseras, y había que aminorar la marcha y poner en funcionamiento a gran velocidad el limpiaparabrisas. Y el viento me movía de un lado a otro como un péndulo. Conducir era realmente difícil y desagradable; me sentía casi muerto de fatiga. Pensé en bajar de la autopista y descender a uno de los valles, pero como temía aterrizar en alguna área inundada esperé hasta ver la

señal que indicara el desvío a Orange; conocía bien esa parte del territorio y sabía que rara vez se inunda. No me equivoqué y sentí que podía arreglármelas para descansar mis agotados miembros en Avignon esa noche, antes de proseguir rumbo a casa a través de las garrigues. Sabía que el Ródano había crecido demasiado pero sin salirse' de su cauce, y cuando lo crucé, no obstante el viento y la lluvia que golpeaban sin cesar (para no mencionar la nieve de las invisibles montañas que afluía a sus fuentes y tributarios), aún no llegaba a cubrir las islas y, en cambio, el puente nuevo aparecía alto y despejado, metiéndose

en la ciudad. Pero ella, por su parte, estaba tan empapada como un colchón mojado, espectral, cercada por el invierno. No sé qué fue lo que me trajo a la memoria la fuente Vaucluse... Pero sí, lo sé. Advertí un anuncio de un artículo de uso doméstico llamado Vega y mis pensamientos se dirigieron hacia una chica que había conocido bajo ese nombre estelar. La estrella que figuraba en el anuncio me recordaba el intenso azul brillante —casi como un zafiro— de sus ojos. Vega, la estrella polar de los antiguos, siempre había sido mi estrella fija favorita. Con frecuencia había contemplado en el Egeo, desde la cubierta de un caique o de un vapor, esa

maravillosa mirada que parecía una piedra preciosa, sin parpadeos, inmóvil, omnividente. La chica tenía algo de eso en su mirada firme: el inflexible brillo de los ojos de un gato; digamos de un gatito persa. Cuando estaba interesada en algo o en alguien se quedaba tan quieta que incluso parecía que no respiraba, era como si estuviese muerta, sujetándolo a uno con esas "azules lámparas del firmamento" (acariciemos su memoria con una frase del siglo 17 tomada de Darley). Pero aquí en Avignon, en esta tarde lluviosa, pensé en ella repentinamente y se me ocurrió que sería bueno pasar esa noche en el hotelito que habíamos conocido una vez,



junto a las rugientes aguas de la Vaucluse de Petrarca. También ella había sido taoísta, con la indispensable pizca de diablura que exigía la fórmula de Chang. Me había encontrado en Ginebra, por primera vez, bajo esa inquietante mirada. Un pequeño grupo de psiquiatras —todos jungnianos— me habían pedido encontrarse conmigo para hacerme unas cuantas preguntas. Creo que lo que querían era simplemente tomarme el tiempo y averiguar si estaba bien de la cabeza. No era la primera vez que me pasaba algo por el estilo. Eran amigos de otros amigos, así que acepté y nos encontramos en la más bien agradable cervecería y glorieta —un

restaurante, en realidad— llamada Bovard, que debería haber sido conservada y que actualmente ha desaparecido, convertida en un banco. De todos modos, allí estaba Vega, en el trasfondo, mirándome fijamente; mirando a través de mí, como si pudiera contar todo el cambio que yo llevaba en el bolsillo. Y la conversación era animada y muy medulosa. Deduje que era la mujer o la amante de alguno de los doctores presentes, si bien no pude precisar de cuál de ellos se trataría. Pero la velada llegó a su fin y todos nos fuimos a casa. Quince días más tarde me la encontré casualmente en Bounyon, adonde había ido en procura de un queso

llamado Vacherin. En realidad, me había olvidado de ella y tuvo que estimular mi memoria haciendo referencia a esa intrascendente aunque agradable velada. Fuimos a tomar un café juntos y fue allí, en un sombrío local, donde empecé a conocer a Vega. Para abreviar una larga historia: en medio de mil trivialidades, afirmó que ella era una lectora realmente anticuada. Cada "año elegía a un autor y leía toda su obra. Añadió que ese año el autor afortunado era Nietzsche y que estaba a medio camino. ¿Por qué me impresionó instantáneamente esa observación?

Porque yo también había estado haciendo más o menos ese tipo de cosas;

un eco de ellas, por decirlo así. Había estado coleccionando y examinando información sobre Lou Andreas Salomé, con la vaga idea de escribir un ensayo sobre esa notable y talentosa seductora, que cuando jovencita hechizó a Nietzsche, después tuvo un hijo con Rilke y acabó siendo en la vejez la discípula y amiga más profundamente apreciada por Freud. ¡Qué cosa extraordinaria que ninguno de sus muchos libros, incluidos sus fundamentales ensayos sobre Nietzsche y Rilke, estuviese traducido al inglés...! En realidad, mi proyecto no era realizable, lo sabía, por mi ignorancia del alemán. Sin embargo, ese extraño

friso de personajes me dio mucho que meditar; había pensado avanzar en la historia de sus vidas hasta alcanzar el lago de Orta, que en la ocasión me propuse visitar. Fue allí donde el filósofo de treinta y ocho años se le declaró a la joven de dieciocho, ¡fue allí donde bosquejó todo el libreto de Zarathustra! Cuando hemos leído acerca de los cuadernos en los que anotaban sus juegos de preguntas y respuestas y sus adivinanzas basadas en cuestiones filosóficas, nos parece muy posible que algunos pasajes del gran clásico hayan podido, en realidad, ser escritos por ella. Esa idea, por rebuscada que sea, me intrigaba. Y con vistas a ese

propósito conseguí que un diario norteamericano me encargara escribir una viñeta sobre las islas Borromeas, que se encuentran cerca unas de las otras en el lago más grande, el Mayor. "¡Qué raro!", dije, y ella preguntó: "¿por qué raro?". Le expliqué que estaba haciendo el mismo tipo de cosa y añadí: "El domingo próximo voy a ir al Orta por una semana. Quiero ver el pequeño lago en el que fueron tan felices cuando eran jóvenes. Tengo algunas ideas acerca de contribuciones que ella pudo haber hecho a Zaratustra, ideas que nunca podré verificar pues no sé alemán".

"¿Orta?" Me miraba de manera ciertamente muy extraña; luego comenzó

a reír. "Mire", me dijo, "acabo de llegar de la estación". Y sacando de la cartera un billete de ferrocarril lo puso sobre la mesa delante de mis ojos. Vi que era un billete de vuelta a Stresa, la estación terminal, según sabía, para el lago de Orta. ¡La fecha era para la semana siguiente! La coincidencia era increíble y ambos nos reímos.

"Quiero visitar el montecito sagrado con todas las capillas y tratar de averiguar cuál fue aquella en la que se le declaró, sólo para, recibir una negativa..., que era lo que correspondía: no era el hombre indicado para casarse con una mujer y ella habría sido una pésima esposa, siempre en movimiento,

apareciendo y desapareciendo continuamente.

"¿El monte Sacro?"

"Sí. Nunca estuve allí."

"Tampoco yo."

Le mostré un folleto de viaje con algunas fotografías del lago y ella me mostró otro idéntico.

"Pero su billete es para una sola persona... ¿Está sola?"

"Sí."

"¿Podemos encontrarnos entonces? ¿Nos encontraremos?"

"Claro. Llevaré los libros que tengo."

"Sí, yo también."

Fue uno de esos encuentros extraños



que son demasiado raros en la vida y que repercuten en ella. Cuando nos despedimos nos dimos la mano con cierto embarazo; la mirada azul me trajo el recuerdo de un poema semiolvidado de Coleridge que hablaba del "parpadeo primaveral de las mariposas"; en aquella ocasión había procurado en vano rastrear la cita y tampoco podía recordar quién había escrito el poema. Todo lo que la memoria me traía en esos momentos de la joven rubia era la mirada azul de una estrella fija, contemplando desde lo alto del cielo el lago terso y suave. Con mi habitual distracción me había olvidado hasta de apuntar su nombre y su teléfono, por si

hubiese algún cambio de planes. Quizás era mejor así. Le daba a la aventura una especie de anonimato. Conduje de vuelta a Provenza durante la noche, para recoger mis cosas y prepararme para el viaje a Italia. No quería hacerlo con prisa y en mi pequeño todoterreno fácilmente iba a poder llegar a Novara en un día; vagabundearía, pensé, alrededor del lago Mayor y aterrizaría en 'El Dragón', junto al Orta, bastante antes del sábado. Entonces esperaría la llegada de su tren en Stresa, ¡y la sorprendería!

# 5.

Y así fue. Atravesé la amplia llanura de Novara a media tarde; todo el trigo parecía arder a ambos lados de la carretera, como si un fuego veloz corriese hacia el horizonte a cada uno de mis costados. ¡Era una dramática visión de destrucción! Pero hacía tanto calor que no me detuve, sino que crucé velozmente, temiendo la explosión del depósito de gasolina o algún otro accidente de ese tipo. Después de unos pocos kilómetros más, las verdes praderas y faldas alpinas empezaron a

surgir delante de mí y de pronto allí estaba: un humilde letrero verde que me señalaba el rumbo hacia el diminuto lago arriñonado que estaba buscando, el Orta de Nietzsche. ("Nuestro Orta", le había escrito él a Lou en una carta de amor.) Los accesos fueron haciéndose más angostos, más sinuosos y densamente arbolados; los ruiseñores cantaban por todas partes, exactamente como lo hacen en Provenza. El lago apareció, como si lo mostrase un prestidigitador invisible en la palma de su mano, y en él la isla sagrada con su monasterio y sus árboles empinados, todo tan parecido a un juguete, y tan calmo, y en escala tan pequeña y

doméstica... Las orillas del verde lago eran del verde de Irlanda. En cuanto a la isla, Balzac la describió una vez con un símil que me había parecido sospechoso por demasiado directo ("una perla en un verde alhajero"); pero no lo es. A Balzac lo conmovió la extraña cualidad opalescente de la luz y los traslúcidos cambios de color de las montañas que protegen y enmarcan la isla. Esta vaga sensación brumosa lo pone todo dentro y fuera de foco y le da un aspecto de irrealidad o iridiscencia al paisaje lacustre en su totalidad. Además, todo está duplicado, pues cuando el agua está inmóvil las montañas se reiteran en ella y no se sabe de qué lado está uno; a

veces se tiene la sensación de caminar en el cielo. Sí, la imagen de Balzac es muy exacta y no se la puede mejorar. Hice rodar el coche hacia abajo por esas pendientes de sueño, con una docena de curvas, y me detuve en la placita con sus dos hosterías, sus agradables arcadas y sus pequeños cafés. 'El Dragón' era también un hotelito simpático, con las habitaciones mirando al lago. Vega debía alojarse en el 'Castello', que estaba enfrente, a menos de veinte metros. ¡Podríamos saludarnos con la mano, por encima del agua, desde nuestros respectivos balcones! Me habría gustado enviarle flores a su habitación pero, como tonto

que era, no sabía su nombre. Fui, sin embargo, a consultar el libro de visitantes —un documento muy confuso escrito con lápiz por un semianalfabeto — con la esperanza de encontrar su nombre, ya que me había dicho que se había alojado allí. Suponía que era alemana por matrimonio, pero sabía que era francesa de nacimiento. ¿Qué nombre, entonces? Se esperaba solamente a una persona para el día siguiente y se llamaba Chantal De Legume. Mi ánimo decayó. Sólo pensar que podía llamarse Chantal De Legume me hacía transpirar de inquietud. Lo estropearía todo; ¡semejante nombre podía ser cualquier cosa! Sé que es

irracional, pero esperaba con desesperación que no se llamase Chantal De Legume. (No se llamaba Chantal De Legume.)

Renuncié a las flores y alquilé un bote para navegar sin rumbo por las tranquilas aguas durante una hora, más o menos, antes de la comida, reflexionando sobre el filósofo desaparecido bastante tiempo atrás, cuyo nombre ya nadie allí conocería (con la excepción, quizá, del cura, y en tal caso sólo como un anticristo). El viejo remero que me conducía era un hombre tranquilo y bien educado, pero no era locuaz; su padre habría tenido edad como para haber transportado a



Nietzsche y a Lou a través de las aguas del Orta, para llevarlos a la isla de San Julio; ¿o su abuelo, quizá? Pero no, porque Lou todavía estaba viva a comienzos de la época nazi en Alemania. En realidad, yo podría haberla conocido. El agua estaba tan tibia que más tarde, lo sabía, sentiría la tentación de darme en ella un discreto baño nocturno. Había traído mi propio chinchorro Zodiac, con motor, pero el Orta es un lago demasiado pequeño para envenenarlo con un motor fuera de borda. Está hecho para el lento barrido de los remos, el lento rechinar de la madera que, sin haber pasado todavía un invierno en el agua, no estaba del todo

embebida. Los tolditos y los alegres ornamentos de la embarcación estaban más bien grisáceos y húmedos. El verano no había llegado aún. Recostado en el bote, podía ver elevarse ante mí el monte Sacro; San Francisco saludándome con la mano desde un balcón de madera. Saludé yo también, pero quería reservarlo para cuando llegase Vega. Las veinte capillitas — cada una del tamaño de un chalé suizo— cobijan veinte cuadros, escenas de la vida de San Francisco, representadas por estatuas en gutapercha, de tamaño natural, bien vestidas y pintadas, cada una en forma diferente, todas grandiosas. Vega estaba segura de que Nietzsche,

siendo hombre, habría buscado la ayuda de un santuario como ése cuando se le declaró a Lou. (Para ser un gran hombre era extraordinariamente tímido.) El problema era cuál sería el santuario; y ella venía aquí para averiguarlo. Pero yo tenía otras ideas; había estado leyendo a Nietzsche y había descubierto que lo que realmente le preocupaba en el Orta era la incubación de sus libros críticos, en los que le declaraba la guerra a la cristiandad en nombre de Heráclito y de los antiguos griegos. Sus disparos apuntaban nada menos que al dios cristiano, Dios Padre.

Cayó la noche y la niebla se filtró espectral entre la vegetación como

tentáculos; diría que el lago comenzó a trepar furtivo; ésa era la ilusión que producía la neblina al moverse y las aguas al borrar y corregir una y otra vez las imágenes del cielo y la montaña. El firmamento, lleno de estrellas, ardía furiosamente en el agua, interrumpido por campanarios y cúpulas y por las lentas estelas planetarias dibujadas por las embarcaciones, a esa hora iluminadas como luciérnagas, que se deslizaban por el lago. Nunca había experimentado tal sensación de paz, suspendido en un balcón estrecho entre cielo, montaña y agua; sintiendo como si yo mismo me hubiera convertido en una estela de vapor llevada lentamente por

la corriente, juguete de una ráfaga de viento, de agua. El cielo giró con lentitud a través de su arco, como la escena de un diorama. El tiempo llenaba el corazón como un reloj de arena. Cené temprano y me retiré, si bien durante largo rato, antes de dormir, estuve contemplando el cambiante espectáculo que ofrecían las bruñidas aguas por la ventana del balcón. Me pregunté si Vega encontraría lo que estaba buscando: la capilla en la que el profesor, tímido pero brillante (aunque neurótico: ¡todas esas jaquecas...!), se armó de coraje para proponerle, no matrimonio sino...concubinato, a la esbelta y graciosa esclava cuyo talento tanto

admiraba. Y después, el enigma trágico de su caída en la locura; en su vejez, seguramente, Lou debió haber interpretado la razón fundamental de todo el asunto a través de la lente de la teoría freudiana, que aun en la actualidad se mantiene firmé. Freud, el viejo sabio, la contaba entre sus discípulos más brillantes. Se dirige a ella en una carta, llamándola "Mi indómita amiga". Él no era Zaratustra tampoco, aun cuando conservó su inquisidora cordura hasta el fin. En cuanto a Nietzsche, se trataba de una guerra a muerte contra tres padres; o más bien contra Dios el Padre (el dios cristiano), Dios el Hijo (su propio padre

y todo lo que representaba en el campo de las ideas) —nunca olvidó haber oído a su madre decirle, con los dientes apretados, que "era un oprobio para la tumba de su padre": esas palabras habían dejado una huella profunda en su sensibilidad— y también Dios el Espíritu Santo (éste era Wagner, por supuesto, a quien también tenía que negar y destruir). ¿No fue acaso el choque de esa lucha tremenda lo que trastornó su razón? Algunas veces, ya loco, habló de Cósima Wagner. "Mi señora Cósima me mandó aquí..." Es natural que en la turbulencia de su mente debilitada la mujer del Espíritu Santo haya sido una musa muy deseable en el

contexto de Edipo. Y finalmente, por supuesto, Mamá ganó, su propia madre terrenal; triunfante, recogió en sus brazos todo ese despojo humano, mientras la hermana lo traicionaba tranquilamente, falsificando el texto de su obra con interpolaciones anti judías... ¡Qué destino, qué hombre, qué lugar! Me dormí pensando en las capillitas de la boscosa colina de arriba. El día siguiente amaneció despejado, pero por la tarde se instaló una densa niebla, esa vez en forma definitiva; no se veía ni la propia mano. Me invadió el desaliento. Stresa estaba a sólo un cuarto de hora en automóvil .y conocía el camino de memoria. Pero nunca había visto una



niebla tan espesa. El hotelero me dijo sin rodeos que duraría hasta la mañana siguiente; que no tenía ninguna posibilidad de salir de la depresión donde está el Orta, así que lo más conveniente era que abandonase la idea de ir a la estación y me quedase donde estaba. Me dio rabia. Cerré los ojos durante la cornuda y volví a memorizar mentalmente cada pulgada del camino que rodeaba al lago; para entonces, ya lo había recorrido varias veces. Era sumamente arriesgado, lo sabía, pero pensé hacer el intento de llegar al camino principal conduciendo a ciegas. Todos me dirigieron miradas compasivas. Me dijeron que antes de

cien metros me vería obligado a abandonar el coche y regresar a pie al hotel. Sin embargo, me puse en marcha. Era aterrador, no podía ver ni mis propios faros; me encontraba conduciendo únicamente de memoria, como en un sueño. Me servía de guía una tira de empedrado al costado del camino, por la vibración de las ruedas sobre ella. Pero los dioses oyeron mis plegarias. De repente, como si se arrancase un velo, toda la neblina retrocedió y reveló un cielo puro y brillante, con estrellas ardientes y Vega sobre mi cabeza lanzándome su mirada de estrella fija, casi turquesa en esa ocasión. Grité de alegría y aceleré, para

llegar a Stresa con una hora de anticipación, que pasé contento, leyendo, en el café vacío.

¡Qué halo de misterio envolvió su llegada! Una ligera nevazón de pequeños copos, totalmente ilógica, acababa de comenzar. La nieve se disolvía al tocar el suelo. Se podía escuchar, lejos, el tren, desde algún lugar de la oscuridad: el engranar de sus ruedas y la breve sirena de niebla pidiendo excusas. En alguna parte de la estación una campana le hizo eco y empezó a sonar. Después, como si respondiera, en la oscuridad más profunda que se extendía lejos del pueblo, sobre la pantalla aterciopelada

de la noche, percibí una repentina línea de luces amarillas que atravesaban con lentitud el horizonte, titilando apenas mientras el collar entero bajaba despacio y sinuosamente hasta el nivel de la llanura. Entonces la campanita de la estación se enloqueció. Se agitó palpitando como si tuviese fiebre. Esperé en la plataforma oscura, sintiendo en el cuello la caricia de esa nieve muy ligera, apenas un rocío que silbaba. El tren llegó en medio del clamor de la carrera final, como una exhalación. Se detuvo en la estación; aparentemente estaba vacío. No había ni siquiera un revisor a bordo. En mi decepción, estuve a punto de darme

vuelta y emprender el regreso al Orta cuando, muy al final, se abrió la puerta de uno de los coches, una barra de luz cayó sobre la plataforma nevada y Vega descendió del vagón. Se quedó allí sonriendo, con la nieve sobre sus pieles, sobre su cabeza rubia, dubitativa y vacilante] pero con esa firme mirada azul de felicidad. ¡Por fin! Corrí hacia ella, me apoderé de su equipaje y la conduje de vuelta al coche. No había esperado que la fuera a recibir y estaba contenta y algo confundida. El recuerdo de esos pocos días —el suave y terso lago nocturno, las montañas bruñidas y las colinas primaverales donde los ruiseñores cantaban noche y día— se ha

fundido en un todo perfecto en el cual los detalles conforman una unidad en un impetuoso conjunto de imágenes de cariño y amistad sublimes. Las capillitas que exploramos eran tan extraordinarias y variadas, las colinas tan verdes, tan bueno el vino, nuestros anfitriones tan tiernos y hospitalarios... No había nada que estropeará la dicha de esa aventura intelectual; ni una nota discordante, ni un sentimiento falso que rompiera o lastimara esa calma y ese contento, como de hermano y hermana que se encuentran junto al lago de Zaratustra. Nos descubríamos uno a otro a través de Nietzsche y de Lou, compartiendo como ellos un cariño que era tan ardiente

como límpido. Guando llegó el momento de despedirnos me dijo, con algo de malicia: "¿Deberé firmar todas mis cartas como Chantal De Legume, para que puedas identificarme?", Pero yo, mentalmente, ya le había atribuido el nombre de mi estrella protectora, porque sus ojos tenían el mismo color delicado. Vega tenía que ser. Todo esto me vino repentinamente a la memoria mientras me abría camino por los verdes campos y las praderas empapadas de Montfayet y l'sle-sur-Sorgue. Feliz y reservadamente conservaba estos viejos recuerdos, acordándome también de los largos silencios que compartíamos, nadando por la noche en el lago. Una

vez hizo una larga caminata sola. Nuestros documentos estaban esparcidos desordenadamente por el suelo de su habitación. Yo había traído fotocopias de la amenazadora caligrafía de Nietzsche en su carta a Strindberg, las locas declaraciones de Su Divinidad. Por la, noche, muy tarde, el humo de las velas hacía un largo rato apagadas flotaba sobre nuestras conversaciones y llenaba el cuarto, con su alto cielo rasó decorado con ninfas y volutas de yeso. Dormía con la cara sobre el brazo y yo la miraba dormir, tan a gusto, tan profundamente... Había encontrado la capilla que buscaba, ¿pero quién podría nunca probar su afirmación de que era



allí, en la número catorce, donde Nietzsche había tomado-en la suya la mano de Lou? Supongo que nunca sabremos la verdad, porque ella no se dignó contárnosla. Pero sí que era una esclava ardiente y él, después de todo, no era más que un tímido profesor alemán condenado por su salud a un retiro prematuro. Y que no tenía sentido del humor. Lo que buscaba para sí—había reconocido muy bien que Heráclito y los griegos primitivos tenían la clave de lo que él buscaba tan frenéticamente— era simplemente La Apariencia, la uniforme apariencia del Tao que contiene en su profundidad la sal del humor, de la complicidad y la ironía. "Ya nadie

confía en él arte", decía Vega.

Llegó así el momento de separarnos y regresé lentamente a casa, cruzando el norte de Italia, acampando una noche en el camino para saborear el placer y la simplicidad de esa primera vez. No fue la última; siempre que recibía un telegrama firmado 'Vega' me llegaba el ofrecimiento de aterrizar en algún lugar de Europa relacionado con su empeñosa búsqueda de la esencia del pensamiento de Nietzsche. Me acostumbré a cruzar Europa culebreando de aquí para allá a través del mapa, sabiendo con deleite que la vería otra vez por unas pocas horas o unos pocos días. Entre tanto nos intercambiábamos libros, documentos y

fotografías de nuestros dos intereses, de Wagner y de Cósima. Y ella me introdujo en la trilogía de estudios musicales de Guy De Pourtalés, tan maravillosamente sensitiva: ¿por qué no se consigue todavía en edición corriente su Nietzsche en Italia? ¡Qué lástima! Y así llegamos, por fin, al término de nuestra búsqueda y para decirnos adiós vinimos aquí, a la fuente de Vaucluse. Pasaron los años. Seguíamos encontrándonos en esa extraña intimidad ininterrumpida, en lugares apartados: Salzburgo, Sils Maria, Eze. Pero el Orta nos había marcado a ambos y pasaría mucho tiempo hasta que consiguiéramos arrancar a Nietzsche de nuestras vidas

mentales. Vega visitó Rusia y luego Grecia y si bien yo no estaba allí para servirle de guía, el amigo Nietzsche sí estaba y él le hizo los honores. Esa visita inauguró otra ventana mágica a los presocráticos, especialmente respecto de Heráclito y Empédocles, sobre quienes había proyectado escribir un libro. ¡Qué pena!, sólo han llegado a nosotros las notas previas, que muestran aquí y allí un súbito rayo de pensamiento del que inferimos cuál habría sido su rumbo. Dice, hablando de Empédocles: "Buscaba el Arte y sólo encontró la ciencia. ¡La ciencia crea Faustos!" Por entonces ella ya comprendía plenamente, y, la aprobaba,

tanto mi interpretación de la lucha de Zaratustra como la piedad por su fracaso en entender la esencia heracliteana; la veía, estiraba su brazo para alcanzarla, pero... Queda su arte. Pero el arte no es más que un consuelo, por grande que sea, ¡y esto también lo supo cuando ya era demasiado tarde! Toda una época se zambulle con él, en el abismo de la materia que se pierde. A pesar de la tierna y gentil negativa de Lou en el Orta, fue allí donde él fue capaz de tragarse su mortificación y comenzar a esbozar para ella su próxima obra; incluyendo la teoría del 'eterno retorno', que sostenía haber desarrollado a partir de antiguos antecedentes griegos. Sin

embargo, lo que buscaba se parecía mucho más a la simultaneidad eterna — la continua presencia eterna y simultánea de todo lo mortal, lo material o lo esencial, envuelto en el mismo paquete con todo el Tiempo incluido en él— y la totalidad de ésta presente en cada pensamiento, en cada inspiración, ¡un Ahora incandescente!

Nuestra visita a la fuente de Petrarca fue más fortuita, si bien, después de todo, Vega era una chica de Avignon con parientes en la ciudad, a quienes quería visitar antes de hacer un largo viaje que la llevaría lejos de Francia durante varios años. Por suerte yo vivía tan cerca que pude aprovechar esa escapada

a Vaucluse y pasamos algún tiempo viajando juntos a los pueblos más pequeños, a los rincones más evocadores de Provenza. Yo, personalmente, no me hubiera, animado con un lugar tan turístico como la fuente de Vaucluse, pero ella insistió, y la excursión resultó ser deliciosa; fue a mitad de invierno. No había un alma; ni siquiera el espectro de Laura surgiendo de la espuma. ¿Sería por patriotismo local por lo que Vega había hecho un alegato tan efectivo en favor de Petrarca? Mi inclinación había sido más bien ver en él a uno de los llorones de la poesía amorosa. Pero ahora, gracias a ella, podía ver más allá de la intriga

amorosa y verlo a él como el gran humanista, hondamente responsable y plenamente consciente de que había conmovido toda una cultura hasta sus raíces y hecho resonar acordes más profundos que ningún poeta anterior a él. Vega redondeó el retrato con muchos detalles: el cortesano, el diplomático, el descorazonado amante de la mujer de otro. Luego, todas las súbitas excursiones a lugares vecinos, seguidas siempre por el regreso a esa hondonada sin sol en la que podía pulir sus versos, con el ruido de la corriente como fondo. El gran poema sobre África y el ensayo sobre la soledad, la pasión por San Agustín... Yo no tenía idea de su estatura



como artista: ese conocimiento se lo debo a Vega. Además, fue ella también la que me impulsó a buscar los textos de sus breves diálogos autobiográficos, llamados *Secretum Meurn*, así como la exposición conmovedora y poética de *De Vita Solitaria*, en la cual se ocupa de la soledad del artista. Este último documento me llegó algunos meses después, desde Ginebra, como regalo de navidad. Estaba encuadernado bellamente en pergamino escarlata: un engarce apropiado para la confesión de un gran poeta. Bueno, todo esto pertenecía ahora al pasado, pero mis recuerdos de esos episodios todavía estaban frescos y el momento del día

que elegí para bajar a la fuente sagrada estaba de acuerdo con el objeto de mis reflexiones. Además, caía nieve; y mucha. El hielo crujía bajo las ruedas. Los aldeanos se ocultaban detrás de las persianas, amontonados, y sólo los penachos de humo que salían de las chimeneas indicaban la presencia de habitantes humanos. Podía escuchar el rugido de la fuente distante, al desplomarse el agua desde la roca y estrellarse en el gran estanque circular; agitándose y removiéndose exactamente como si estuviese hirviendo. El pueblo estaba a oscuras, salvo por una lucecita aquí y allá; un resplandor venía desde el hotelito donde habíamos parado una vez.

Estacioné en el parque nevoso y, con la nariz bien arropada en la bufanda corrí por los senderos junto a la rápida corriente del río hasta la puerta acristalada del hotel, a la que llamé con fuerza para que se pudiese oír por encima de las aguas rugientes. La dueña del establecimiento, que estaba ocupada en algún rincón de la casa, vino miope hacia mí con una linterna.

¿Quién podía ser a semejante hora y en una noche como ésa? Al principio no me reconoció, pero igual —alma buena y confiada— se me acercó, para parlamentar a través de la puerta de vidrio. No le llevó mucho tiempo recordar quién era yo y entonces me

dejó pasar al bar, donde se sentó a hacerme compañía mientras yo tomaba un bienvenido ponche. El hotel todavía no estaba abierto para la temporada turística, pero ella había viajado ese fin de semana para probar los sistemas de agua y calefacción; y por cierto que estaba encendida la calefacción y el lugar todo era confortable. Se ofreció a darme alojamiento por esa noche, pero yo preferí dormir en el coche, arriba junto a la fuente; no obstante, no me rehusaría a comer un sandwich. "¡Un sandwich!", exclamó indignada; "en mi hotel comerá como es debido". No le llevó mucho tiempo preparar la comida; me sirvió una trucha con almendras —

las truchas crecen a domicilio allí—, seguida por un buen queso y una botella de Cote de Ventoux. Y mientras comía se acercó para darme charla, en su estilo amable e inconexo. Quería saber dónde estaba la señora rubia. Estaba en África. "Una vez, después de su visita, volvió aquí sola." Ya lo sabía, porque Vega me había escrito desde allí, y en una estación parecida, pues me hacía la descripción de la abundante nieve, cayendo y disolviéndose en la corriente rápida; y después un toque inusual, con el que yo mismo me acababa de encontrar: ¡las grandes truchas elevándose hasta los copos de nieve y tomándolos por carnada! "¡Extraño lugar

para traer una historia de amor que aún no ha curado!", había empleado una vez estas palabras, para referirse a Petrarca. Después de comer avancé, surcando la nieve, hasta la hondonada y llegué hasta el final del pavimento; después di la vuelta, mirando hacia el risco, para ir a acostarme. El intenso fulgor blanco de la nieve reflejaba tanta luz que producía la ilusión de un demorado crepúsculo. El rugido del agua era ensordecedor; era como encontrarse en la sala de máquinas de un gran barco, durmiendo entre las pulsaciones de sudorosas turbinas que nos llevan precipitadamente por el mar. ¡Qué disco de orfebre en el cual pulir los primeros poemas elegiacos de toda

una época! La conciencia entera estaba completamente sumergida en ese regular toque de tambor, como sobre un pesado parche de pergamino. La nieve seguía cayendo en grandes redes, guirnaldas y collares y el agua se arremolinaba y bruñía los negros riscos, mientras corría aceleradamente hacia el mar. El río por allí es demasiado rápido para tener peces, pero un poco más abajo se lo ve oscuro e hirviente de truchas. Hice mi cama, encendí la calefacción y, antes de acostarme, la apagué prudentemente. Era maravillosamente curativo el estampido del río: el denso capullo sonoro amortiguaba cada nervio. Volvieron a mi memoria, perezosamente, antiguas

conversaciones que parecían proyectarse en la oscuridad, luchando con las ganas de dormir.

"Y Laura, ¿era real?"

"¿Qué importa?"

"Muy poco."

"Aunque la hubiera inventado, sería tan real como cualquiera de sus lectores; como lo somos nosotros."

"Y si era real, no era más que el fantasma de un eco de un estado de ánimo. En el libro muere, ¿te acuerdas?"

"¡África! Sentado aquí, en este rugiente nautilo sonoro, soñaba con África y leía a San Agustín."

"El papel de Laura tenía muchas candidatas..."



“¡Qué nombres!, ¡qué beldades!”

"Laura di Audiberto (la mujer de Hugo de Sade), Laura di Sabrán, Laura de Chiabu, Laura Colonna..."

"Todas estrellas en el reparto."

"Todas mujeres de mala estrella."

"Las Elegidas, más bien."

¿O los seres humanos no son más que grabaciones hechas por alguna voz aterradora desde otro lugar?

Me acordé, entre sueños, de un cuento de Queba el Libanes en el cual un famoso escritor consigue retratar a su heroína con tan buen resultado que el público cree que se basa en una mujer real. Con su nombre se bautizan perfumes, calles y recién nacidos. Pero

al autor, precisamente, nunca se lo ha visto con ninguna mujer. Siempre solo. Olfateando una historia, a la manera de los periodistas, una editora le pide a su periódico que anuncie una elección: el público debe votar en favor de un original real o de uno imaginario de la famosa heroína. Votan abrumadoramente en favor de una heroína imaginaria. El autor está fuera de sí, por la ansiedad y la pena. "No es bastante real, entonces, y nunca vendrá." Así que se va a su casa con desesperación y se quita la vida, habiendo comprendido, por fin, cuál es la verdad. De su último cuento nada queda, salvo el enigmático título: La muerte tiene ojos azules.

El agua seguía corriendo, borrando y puliendo sus propios ecos, tocando el tambor de la oscuridad, de los muros suavemente acolchados que guarnecían las circunvoluciones de alguna maravillosa concha marina. El hilo que sostenía en mi mano lo había encontrado por casualidad la primera vez —la clave, el indicio— en la gran Gorgona de piedra de la isla de Corfú —su caricatura de alegre locura, de éxtasis, de hipomanía—, llámeselo como se quiera. Las pistas me enseñaban resueltamente el camino y a partir de ellas había enhebrado esas experiencias, todas relacionadas y todas congruentes con una vida y una práctica poéticas.

¿Adónde me llevaría la próxima vez? No lo sabía y no me importaba. En algún punto de África, Vega estaría escribiéndome una carta con probables reproches por alguna flaqueza poco romana, ya que no era una chica indulgente con los amigos. Yo había escrito lo siguiente: "Estoy empezando a sentirme como un pingüino muy viejo y desplumado, abandonado en un témpano pequeño que se licúa rápidamente: llámenlo cultura europea. ¡Dios, Señor, arroja la bomba!, grito algunas veces. Entonces pienso en Vega y, con un gesto, detengo el golpe. ¡Todavía no, Vega está viva!". En su última carta —hace tantos meses ya— incluyó el texto francés de

un poema chino llamado 'Mujer5 que traduje al inglés para un amigo en la siguiente forma. (No me dijo de dónde lo había tomado; lo busqué en todos los lugares probables y les pedí a mis amigos que lo buscaran en París. Pido disculpas si he violado un copyright.)

# Mujer.

¡Qué triste es ser mujer! Nada hay sobre la tierra que valga menos que ella; cuando los muchachos se inclinan sobre el antepecho son como dioses derribados del cielo. Sus corazones abarcan los cuatro océanos, el polvo y el viento de mil veces mil millas. Pero nadie se alegra si nace una muchacha; ni su familia le da mucha importancia. Cuando crece se esconde en su alcoba, temerosa de mirar a la cara de un hombre. Nadie llora cuando deja su casa: sólo ella. Tan rápida como las

nubes cuando para la lluvia, inclina la cabeza, compone sus facciones, comprime los dientes entre los labios rojos; se inclina y se arrodilla, ¡oh!, innumerables veces.

UNA SONRISA EN EL OJO DE LA MENTE.

Se tiene que humillar incluso ante sirvientes.

Su amor es tan distante como una estrella,

pero siempre el girasol gira hacia el sol.

Su corazón está más apartado que el agua del fuego,

cien males sé acumulan sobre ella;

su cara seguirá

los cambios de los años, mostrarán  
su edad.

Su Señor encontrará nuevos tesoros.

Ellos que una vez fueron como  
sustancia y sombra

ahora están tan distantes como Hu  
está de sh'in (dos lugares)

o como Ts'an de Ch'en (dos  
estrellas).

Chino del siglo III.

Qué extraño que esos incidentes  
aparentemente dispares se mantuvieran  
unidos todos en mi mente por medio de  
una fina cadena de ecos, predisposición  
que se remontaba a mis veintitrés años



en la entonces remota isla de -«Corfú, en la que había fijado mi residencia con la intención de llegar a ser poeta o, por lo menos, algún tipo de escritor. Ahora, al recordar esa época prehistórica, parecía evidente que la principal inhibición que me impedía redactar una reseña convencional (que había prometido) del libro de Chang, provenía de los ecos que había hecho estallar en mi memoria. No podía aplicar a su texto una inteligencia fríamente crítica. A esa sensación de indecisión había contribuido el hecho de que también había estado tratando de recopilar algunas fragmentarias notas autobiográficas destinadas a un amigo

norteamericano, ansioso por rastrear lo que él llamaba 'la autobiografía oculta' de mi poesía. Contestando sus cartas comencé a ver por primera vez que la preocupación principal del joven poeta de Corfú, entonces inexperto, estuvo siempre vinculada en alguna forma con sueños infantiles sobre el Tíbet, que al final se centraron en torno al Tao: al gran poema de Lao Tsé. En El Libro Negro, escrito alrededor de 1936, encuentro un epígrafe tibetano. La novela se publicó en 1938, un año antes de la guerra; ya entonces había reunido mis poemas en un ramillete para ofrecérselo a este amor fati de Lhasa, el dakini tántrico que me había guiado e

inspirado. Era una condena a perpetuidad y me ayudó a mantener una serena apariencia frente a la desesperación de los años de la guerra, con sus perversos asesinatos del tiempo, el talento y la verdad. Cuando empezó la guerra yo acababa de cumplir los veintisiete. Mucho después de su terminación, encontré entre mis papeles un olvidado artículo que había aparecido en el Aryan Path, con el título de "Tao y sus glosas". El viejo Aryan Path, que se publicaba en el número 51 de la Mahatma Gandhi Road, en Bombay, era ya el más distinguido periódico del momento dedicado a la teosofía y mi artículo de aficionado se

publicó a manera de breve prefacio al número de diciembre de 1939, año en el que, terminada mi vida insular, me encontraba en Atenas a la deriva, esperando el destino, esperando al Eje.

Lo reimprimo aquí en homenaje a los viejos tiempos, ¡y también como prueba de mi constante apego al principio de desapego que se bosqueja en el poema! No era mala manera de saludar una guerra mundial. Señalo también el uso del adjetivo 'heráldico', del que a menudo he tenido que responder ante los críticos. Significa simplemente el 'mándala' del poeta o del poema. El alquímico sello o firma del individuo; lo que queda cuando se extrae

el ego. ¡Es la absoluta nulidad de la entidad que el poema representa como un ideograma! Dicho así, suena bastante enigmático, aunque de hecho se reduce simplemente a la sonrisa decisiva que intercambiamos con Chang sobre el fregadero de la cocina, que no necesita ninguna glosa. El lenguaje enfrenta a este tipo de realidad con la desesperación, que rápidamente se convierte en humor y, en presencia de preguntones ansiosos o demasiado ansiosos, en payasada. Otra manera de considerarla sería buscar en el diccionario la palabra sajona 'ullage': la definición —"lo que le falta á un tonel para estar lleno"— hará que su razón se

ejercite hasta el punto de estallar — ¡especialmente si su tonel contiene vino! —. Es otro tipo de koan; ¡o utilizable como si lo fuera! La guerra fue una época de vacilante inventario para todos nosotros y mi articulito, con toda su solemnidad y juvenil falta de experiencia —para no mencionar sus inexactitudes—, significó un humilde intento de saludarla con un acto de afirmación. Puede ser un poquito aburrido leerlo ahora pero, para el joven de marras, fue un documento capital.

# El Tao y sus glosas.

(Lawrence Durrell sugiere en este artículo un método mediante el cual puede diferenciarse el Tao verdadero de aquel que no es el Tao. Advierte con razón que el Tao es una filosofía, pero que también- es mucho más. En realidad es "la increada, nonata y eterna energía de la naturaleza, que se manifiesta periódicamente. Lo mismo que el hombre, la naturaleza, cuando conquiste la pureza, conquistará el descanso y

después todas las cosas serán sólo una con el Tao, que es la fuente de toda bienaventuranza y felicidad. Lo mismo que en las filosofías hindú y budista, pureza, bienaventuranza e inmortalidad se pueden alcanzar sólo por el ejercicio de la virtud y el sosiego perfecto de nuestro espíritu mundano; la mente humana debe controlar y finalmente sojuzgar y aun aplastar la actividad turbulenta de la naturaleza física del hombre; y cuanto antes alcance el grado exigido de purificación moral, tanto más feliz se sentirá". - Editores.)

En la crítica literaria de hoy ha pasado a ser un lugar común hacer mención de las disparidades que existen



entre algunas divisiones del Libro de la Manera Simple de Lao Tsé: aceptar, con la límpida resignación del docto, las aparentes confusiones (esta palabra se emplea repetidas veces) de las que el texto parece estar lleno. Hasta ahora, por lo que sabemos, nadie ha intentado desenredar las hebras conflictivas de su doctrina y su formulación. Efectivamente, no es una tarea que pueda atraer a los más temerarios de los críticos de textos porque, para decirlo con propiedad, no existe ningún; texto que le ofrezca al lector cánones sobre los que se pueda construir un esquema analítico o crítico. Y sin embargo a mí me parece que se podría encontrar algún

método —quizá no lo bastante estable o exhaustivo para satisfacer al pedante, pero con excitación suficiente como para interesar al estudiante del Tao—, un método que nos permitiera vislumbrar el trabajo original entre las glosas y las enmiendas cambiantes de los escribas tardíos. La pista está engarzada como un diamante en el cuerpo del texto mismo; una pista lo suficientemente importante como para darle al trabajo una base firme.

Ahora bien, el Tao ha sido definido como una filosofía que siempre se mantiene en agudo contraste con el dialecto confuciano (más generalmente 'socrático') de la ética; pero es más que

eso. (La palabra 'filosofía' todavía lleva tras de sí la caracterización viciosa del método que le dieron los griegos, de la que ha sido imposible liberarla.) Es un intento de localizar una experiencia, que en sí misma es demasiado amplia para que se la pueda incluir en los meros confines del lenguaje, como el de un par de calibradores gigantes procurando circunscribir un reino para expresar el cual no tenemos nada entre el idioma del loco y el Cuarteto en La menor. El reflector del principio raciocinante es demasiado débil para iluminar este territorio: hasta las palabras se usan como una clase de escultura, para simbolizar lo que no puede expresarse

directamente: a la heráldica del lenguaje se la llama a participar, para acentuar, atestiguar, atravesar la corteza del impulso meramente cognativo y delinear de una vez para siempre el misterio, el lugar de descanso del Tao.

"El verdadero Tao no es el tema que está en discusión." En las palabras iniciales el lector se enfrenta con una actitud que, después de expresarse con más precisión a medida que prosigue el texto, termina en un completo y definitivo rechazo de los principios; de hecho, rechazo de la polaridad, del cisma. Lo que se afirma aquí es una personalidad total, hablando desde su totalidad. En el símbolo de la Manera

Simple, expresada de una vez para siempre, no se encontrarán rastros de esa fractura de la personalidad respecto de su cosmos que siempre ha llenado de fantasmas el pensamiento europeo desde los tiempos presocráticos. No hay, para decirlo con precisión, ninguna entidad humana; está fusionada en el Todo. No hay rastros aquí de la ruptura entre el individuo y su entorno. Fundidos uno en el otro, sólo queda el paisaje gigante del espíritu, en el cual nuestro problema ario ("Ser o no ser") desaparece deglutido, aspirado, desecado por el eterno factor: el Tao. La casa admite un morador: el inquilino es absorbido, como un pedacito de gasa, por las

paredes mismas de su casa espiritual. Se desautoriza el mundo de la definición. Todo esto está expuesto en el libro tan exhaustivamente que al principio parece un tanto difícil localizar las áreas en las que se presentan las ideas en conflicto. Pero con ese profundo indicio (la negación, la remisión de principios), parecería posible volver sobre nuestros pasos; y medir, con esta regla, las distintas fases del texto.

Una cosa es clara: si el rechazo del principio dogmático es la nota que queda el tono al documento, entonces cualquier confusión obra siempre en el campo de lo ético. Es aquí solamente donde la voz se amortigua, donde lo que se afirma —

en otras circunstancias tan puro en sus evasiones lingüales a la regla— se enturbia, se hace ambiguo.

La lucha siempre está dirigida contra el esquema confuciano, la prematura presunción de poner al hombre sobre los hombres, sobre Dios, sobre el paisaje espiritual; y, por suerte para nosotros, la contribución de Confucio sirve de modo admirable para iluminarnos en la comprensión de esos compartimientos de la idea, precisamente, que podrían seguir siendo oscuros.

Cuando Un hombre a quien le gusta reformar el mundo se hace cargo de ello, se ve

fácilmente que la tarea no tiene fin.

Porque los vasos espirituales no se labran en

el mundo. Quienquiera que hace, destruye;

quienquiera que empuña, pierde.

Y también:

Un sabio es aquel que está lleno de rectitud,

pero no a causa de ello corta y talla a los otros... Es derecho y, sin embargo,

no emprende la tarea de enderezar a los otros.



En estos dos pasajes de Lao Tsé su postura parece definida con bastante claridad. Rechaza el dogma con sus marcados tonos de negro y blanco. En el seno de la experiencia a que alude, hay lugar para infinitos ajustes, para infinitos movimientos. La imposición del esquema de hierro es una violencia de la que él se disocia totalmente; su método es un volar sin alas, un acto que obra siguiendo una línea en la que se ha perdido la mera mecánica del acto: es irrelevante. Su negativa a transformar la flora y la fauna de su mundo es un directo desafío al mundo de las relaciones dogmáticas, en el que el bien se opone al mal, lo negro a lo blanco, el

ser al no ser; el mundo de los opuestos, en el que sólo florecen la ética, el canon, el principio. En su negativa a aceptar los limitados conceptos del lenguaje muestra su cautela frente al efecto destructivo, limitador, de la definición.

Cuando comenzamos a hablar de la Belleza como de algo distinto es cuando de inmediato definimos la Fealdad.

Así, cuando á la bondad se la ve como buena, entonces nos damos cuenta de lo que es malo...

Por esta razón el Sabio sólo se preocupa

por aquello que no da origen al prejuicio.

No se pondrá a sí mismo a merced del principio dogmático, el cual —tiene conciencia de ello— puede tener en su interior los venenos de la personalidad dividida, con la que está en guerra el principio volátil del ser. En consecuencia, considera que el principio raciocinativo mismo debe desaparecer; y, al aproximarnos al final del documento, ésa es la nota que resuena en una última conclusión; el último intento de hablar coherentemente desde el

mismo corazón del Tao.

Si aceptamos ésta como la declaración final y extrema de la que se alimenta el Tao, de inmediato nos resulta obvio que tenemos en nuestro poder una pista relacionada con el propio texto. Porque es precisamente allí donde aparecen expresiones abruptas del dogma donde también surgen las mismas 'confusiones' de las que nuestros expertos han hablado durante tanto tiempo.

Pero detengámonos un momento para considerar a aquellos a quienes debemos las impurezas del texto: aquellos que nunca se preocuparon por el Tao en sí (el inexpresable ESO), sino

meramente por los medios de realizarlo, abriendo grifos en los embalses para la Paz; transformándolo en un ideal fácil de alcanzar con la 'práctica' religiosa. La historia de este libro —la subsiguiente erección en torno a él de una teología dogmática inmensa y corrupta—: estas cosas prueban nuestro caso más allá de toda duda. Lo que les preocupaba a los hombres que vinieron después era 'practicar' el Tao; cosa que nunca podía existir en algo cuyo tema consistía, simplemente, en la localización de la Experiencia y de la cual el lenguaje sólo se podía ocupar, en el mejor de los casos, de manera imprecisa. Su preocupación era un acto de fe; un credo

que llevaba con él el imperativo de hierro.

Si volvemos atrás, pues, sin perder de vista este hecho, de inmediato nos encontramos con pasajes que tienen los extraños imperativos teológicos encerrados en ellos.

El orgullo de la riqueza y de la gloria

está acompañado de inquietud,  
por lo que uno debe detenerse  
completamente

cuando una buena obra se termina y  
cuando aumenta  
el honor.

Aquí el imperativo está erizado de implicaciones; la insinuación teológica es un poquito demasiado obvia.

Si expulsamos las cosas impuras de la mente  
es posible permanecer incorruptos y seguir  
en la oscuridad...

Las citas a granel serían enfadosas. El objeto de esta nota, ya por sí misma bastante impertinente, no es el de proveer de un coto de caza a sabios contenciosos; antes bien, sugiero un juego excitante que interesaría a aquellos para quienes el Libro de la

Manera Simple todavía es confuso, todavía un poco oscuro. Concentrándose en la ética siempre que aparece en el texto, de repente se tropieza con una genuina aclaración de todas las 'confusiones'. El libro no contiene madera muerta, el árbol mismo se destaca, libre y radiante, como debió ser originalmente.

¿Se han ido realmente las 'confusiones'? Qué oración final tan absurda, ya que mientras sigo escribiendo debe presuponerse su continuada existencia. Muy distante de la enigmática sonrisa de Kasyapa sigo trabajando todavía, orientándome y



manteniendo actualizado mi humilde cuaderno de bitácora. La poesía crea estos claros imperativos: no pensar tan alto, dejar que los latidos del corazón rompan los códigos encerrados en las vocales. Y además, en la vida diaria, otros imperativos que crean las tensiones de los acontecimientos; para ponerse a la altura de la realidad, ¡debe aprenderse cómo ignorarla sin peligro!

Así pues, la búsqueda debe continuar, poema a poema, hasta dar con la obvia estrategia de desasimiento, y poder, por fin, entrar en la corriente del tiempo heracliteano. Las grandes verdades —lo descubrimos entonces— no son hechos necesariamente: Los

hechos son sueños.

**Fin.**